

Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * LA MANSION MISTERIOSA (Cuento), por Honorato de Balzac.
- * TIERRA (Poema), por Salvador Jiménez Canossa.
- * BERTRAND RUSSELL, FILOSOFO, UNIVERSITARIO Y FILANTROPO, por Mary Agnes Hamilton.
- * MEMORIAS DEL DIABLO COJUELO y PEQUEÑA HISTORIA DE UN GRAN SABIO, Por Germán Arciniegas.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * REALIZACIONES EDUCATIVAS DEL DOCTOR CASTRO, por el Prof. Asdrúbal Sequeira.
- * DUEÑO DE LOS JARDINES AMANTES, por Hugo E. Lindo.
- * Los libros y los días: EL DIFÍCIL Y EXACTO PAUL VALERY, por Ramón Sender.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 29 de Agosto de 1954.
Nº 112.

LA MANSION MISTERIOSA

Por Honorato de Balzac

A unas cien yardas de la aldea de Vendome, en las riberas del Loira, hay una vieja casa gris, de altos tejados, y tan aislada que ni las tenerías ni las posadas de baja clase que usualmente se encuentran a la entrada de las aldeas existen en su vecindad.

Frente a este edificio, de cara al río, hay un jardín cuyos senderos han perdido definición y claridad. Varios sauces que brotan del Loira han crecido con tanta rapidez como las zarzas que rodean al jardín, y esconden a medias la casa. La rica vegetación de las hierbas llamadas malas, adorna la playa. Árboles frutales, abandonados por diez años, ya no dan cosecha, y sus retoños son ya maleza. La hiedra crece como la zarza por las paredes. Los

Honorato de Balzac (1799-1850), nació en Tours, pero salió de su ciudad natal a corta edad con rumbo a París. Fracasado como editor se dedicó a escribir, y trabajó hasta el final de su vida en la serie de novelas e historias que le han hecho famoso como uno de los más grandes novelistas del mundo. En ese estupendo panorama de la vida que él llamó "La Comedia Humana", Balzac incluyó algunos cuentos como "La Mansión Misteriosa", que incluyó en el tomo titulado "Escenas de la vida privada". Este magnífico novelista francés no es desconocido para los lectores de ADEMÁS... En nuestro número 12 publicamos su magnífico cuento "EL VERDUGO".

senderos antaño arenosos están cubiertos de maleza, y, para decir la verdad, no queda traza de ellos. Desde lo alto de la colina, donde están las ruinas del viejo castillo de los Duques de Vendome, que es el único espectáculo que se contempla desde ese sitio, sorprende que este sitio, en una época difícil

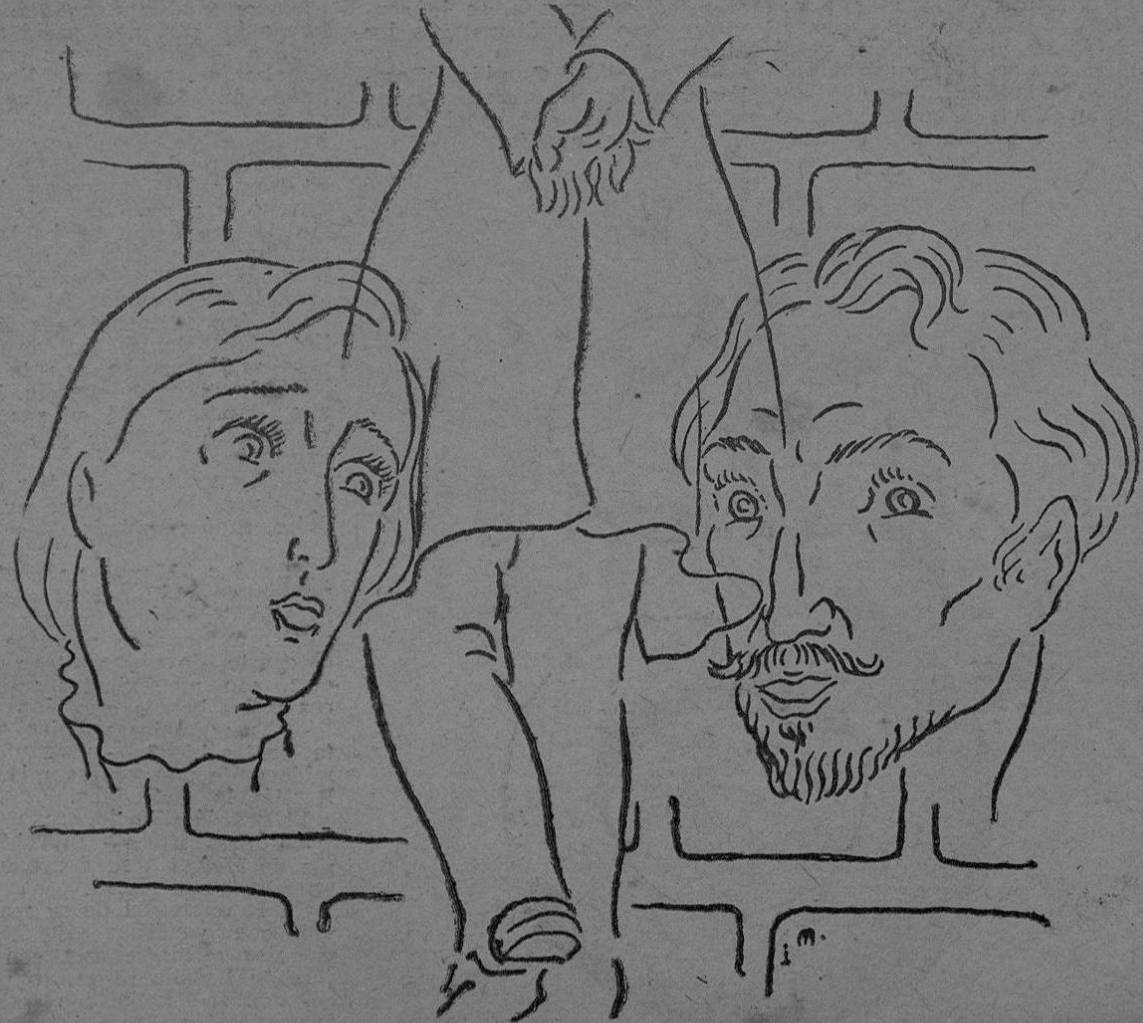
de determinar, fuera la delicia de un caballero campesino que cultivaba rosas, tulipanes y su huerta, y que además amaba las frutas. Todavía se ve una glorieta, o más bien los desechos de una glorieta, donde hay una mesa que el tiempo no ha destruido del todo. El aspecto de este jardín de días pasados, su

giere las negativas alegrías de la vida pacífica y provinciana, tal como se puede reconstruir la vida de algún valioso comerciante mediante la lectura del epitafio que haya en su tumba. Y como para completar la dulzura y tristeza de las ideas que se apoderan de nuestra alma, en una de las paredes hay un reloj de sol decorado con esta frecuente inscripción cristiana: "Ultimam Cogita". El techo de esta casa está horriblemente deteriorado, sus celosías siempre cerradas, los balcones cubiertos con nidos de golondrina, las puertas perpetuamente trancadas, las hierbas han trazado líneas verdes en las grietas de los escalones, las cerraduras están herrumbrosas. El sol, la luna, el invierno, el verano y la nieve han gastado las maderas, y destruido la pintura. El lúgubre silencio que allí reina solo lo quiebran los pájaros, los gatos, las ratas y ratones, que discurren con toda libertad para pelearse y devorarse mutuamente. Por todo, una mano invisible ha escrito la palabra MISTERIO.

Si vuestra curiosidad os lleva a mirar esta casa desde el costado que señala hacia el camino, percibiréis una gran puerta que los niños de la vecindad han llenado de agujeros. Luego yo supe que esta puerta había estado cerrada por diez años. Por los agujeros que han hecho los muchachos, podríais observar la perfecta armonía que existió entre las fachadas del jardín y del patio. En ambas prevalece el mismo desorden. Mazos de maleza rodean las pie dras del pavimento. Enormes grietas recorren las paredes. Los escalones están descoyuntados, el alambre de la campanilla oxidado. ¿Qué fuego del cielo cayó aquí? ¿Qué tribunal decretó que se llenara de sal esta vivienda? ¿Blasfemaron de Dios, traicionaron a Francia? Esas son las preguntas que nos hacemos, pero los bichos que se arrastran por la casa no las contestan. La casa vacía, desierta, es un gigantesco enigma cuya clave se ha perdido. En tiempos pasados fue un pequeño feudo, y lleva el nombre de la Gran Breteche.

Inferí que no era yo la única persona a quien mi buena huésped había comunicado el secreto de que yo iba a ser el único confidente, y me preparé a escuchar.

—Señor—comenzó,— cuando el Emperador envió a los priso



neros de guerra españoles y a otros a este lugar, el Gobierno, me instaló a un joven español que había sido enviado a Vendome en libertad condicional. A pesar de lo cual, debía presentarse diariamente ante el sub-prefecto. ¡Era un grande de España, nada menos. Su nombre terminaba en os y en día, algo así como Burgos de Feredia. Tengo su nombre apuntado; si quiere se lo muestro. Oh, pero qué bien parecido era este español. Dicen que los españoles son feos; pero a éste, que sólo media metro y medio de estatura, y no parecía pequeño, que tenía pequeñas manos que cuidaba con esmero, ah, a éste había que verlo! Tenía tantos cepillos para sus manos como una mujer para toda su "toilet". Tenía un grueso cabello negro, ojos feroces, piel más bien bronceada, pero me gustaba contemplarlo. Usaba el mejor lino que yo he visto, eso que he tenido princesas hospedadas aquí, y, entre otros, al general Bertrand, al duque y la duquesa de Abrantes, al señor Decazes y al Rey de España. No comía mucho; pero sus maneras eran tan finas, y era tan amable, que no se podía siquiera guardarle rencor. Oh, yo lo quise mucho, aunque no abría sus labios ni cuatro veces al día, y era imposible sostener una conversación con él. Porque si se le hablaba, no respondía. Así eran todos, hay que decirlo. Leía su breviario como un cura, y asistía a la Misa y a todas las ceremonias con regularidad. ¿Qué dónde se sentaba? A dos pasos de la capilla de Madame de Merret. Cuando ocupó su lugar la primera vez que entró a la iglesia, nadie sospechó que lo hiciera con propósito alguno. Además, el pobre ni siquiera levantaba sus ojos del breviario. Después de eso, señor, caminaba por las montañas en las noches, enemigo de las ruinas del castillo. Dicen que España es sólo montes! Se acostaba siempre tarde. La primera vez que dió la medianoche sin que llegara, me alarmé, pero luego me acostumbré a sus extraños hábitos. Se alojaba en nuestra casa de la Calle de Casernes. Un día, uno de nuestros caballeros nos contó que en la noche, cuando llevaba a abrear los caballos, le había parecido ver al grande de España nadando río abajo como un pez. Cuando regresó, pareció sorprenderse de que alguien lo hubiese visto. Hasta que un día, una mañana más bien, no le hallamos en su cuarto. No había llegado a dormir. Tras buscar por todas partes, hallé un papel escrito en una gaveta, así como cincuenta piezas de oro de España, de las que llaman doblones, y que valían como cinco mil francos; y diez mil francos en diamantes en una pequeña cajita sellada. El papel decía que si él no regresaba, nos dejaba el dinero y los diamantes, a condición de que pagáramos Misas de Gracias a Dios por su fuga y por su salvación. En ese tiempo yo no había perdido aún a mi esposo, y él se apresuró a buscarlo por todas partes.

Y ahora viene la parte extraña de la historia. Mi esposo regresó con las ropas del español, que había encontrado debajo de una gran piedra en la ribera cerca del castillo, casi frente a la Gran Breteche. Mi esposo había andado por allí a flor tan temprana que nadie lo había visto. Después de leer la carta, quemó las ropas, y de acuerdo con los deseos del Conde

Feredia, declaramos que se había fugado. El Subprefecto envió a toda la gendarmería a buscarle, pero nunca pudieron capturar al Conde. Lepas sostuvo que se había ahogado. Yo señor, no lo creo; me inclino más a creer que algo tenía él que ver con la historia de Madame de Merret, tomando en cuenta que Rosalía me dijo que el crucifijo que su ama apreciaba tanto que había sido enterrado con ella, era de ébano y plata. Ahora bien, recién llegado aquí, el señor de Feredia tenía un crucifijo de ébano y plata, que luego no volví a ver. ¿No cree usted, señor, que no tengo necesidad de sentir escrúpulos por los mil quinientos francos del español, y que tengo derecho a ellos?

—Claro que sí; pero ¿no ha tratado usted de interrogar a Rosalía?— dije.

—Oh, sí, por supuesto; pero en vano. La muchacha es como una tumba. Sabe algo, pero es imposible lograr que hable.

Después de cambiar algunas palabras conmigo, mi huésped me dejó presa de vagos y oscuros pensamientos, de una romántica curiosidad y de un terror religioso no diferente de la profunda impresión que nos hace, al entrar de noche a una iglesia en tinieblas, el percibir una leve luz bajo los altos arcos; una diluida figura discurre cerca, se oye el murmullo de una sotana, y temblamos.

De pronto, la Gran Breteche, sus altos arbustos, sus ventanas enrejadas, y herrumbradas, sus puertas cerradas, sus aposentos desiertos, me parecieron una fantástica pesadilla. Traté de penetrar en la misteriosa morada, y dar con la clave de su oscura historia, un drama que había matado a tres personas. A mis ojos, Rosalía se convirtió en la mujer más interesante de Vendome. Conforme la estudiaba, deseaba las trazas de una preocupación secreta en ella, a pesar de la radiante salud que demostraba su robusto aspecto. Estaba en ella el germen del remordimiento o la esperanza; su actitud revelaba un secreto como la de un beato que reza en demasía, o el infanticida que escucha el último gemido de su niño. Y sin embargo, sus maneras eran burdas e ingenuas;

su estúpida sonrisa no era la de una criminal, y si hubiese podido ver el gran pañuelo que le rodeaba el masjestuoso busto, enmarcado por un vestido lila y azul de algodón, la habríais reputado de inocente. No, pensé, no me iré de Vendome sin conocer la historia de la Gran Breteche. Y para obtenerlo, haré amistad con Rosalía, si hace falta.

—Rosalía —le dije una noche.

—¿Señor?

—¿No eres casada?

—El día que quiera ser infeliz, podré encontrar un hombre —contestó riéndose.

Pronto se recuperó de los efectos de su emoción, porque todas las mujeres, desde la gran dama hasta la moza de la posada, tienen una compostura que le es peculiar.

—Eres demasiado hermosa y bien dotada, para carecer de amores. Pero dime, Rosalía, por qué te colocaste en la posada después de servir a Madame de Merret? No te dejó ella nada para que vivieras?

—¡Ah, sí! Pero mi establecimiento es el mejor de Vendome.

La respuesta era de esas que jueces y abogados llamarían evasivas. Rosalía me parecía estar situada en la romántica historia como el cuadrado central de un tablero de ajedrez. Estaba en el centro de la verdad, y me parecía como atada al nudo central. La conquista de Rosalía no iba a ser un asedio común; porque en esta muchacha estaba el último capítulo de una novela. En consecuencia, desde aquel momento Rosalía se convirtió en el objeto de mis atenciones.

Una mañana, le dije:

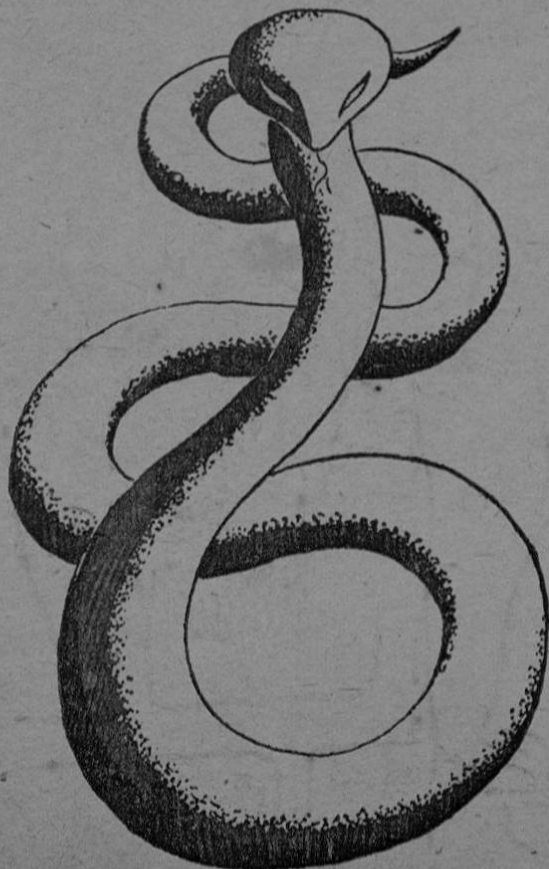
—Dime lo que sepas sobre Madame de Merret.

—¡Oh! replicó aterrorizada—. No me pida tal cosa, Monsieur.

Su hermosa cara se transformó, su claro y brillante color desapareció, y sus ojos perdieron todo su brillo inocente.

—Está bien —dijo por fin— si usted se empeña, se lo contaré; ¡pero prométame guardar el secreto!

—¡Prometido! Querida Rosalía, guardaré tu secreto con honor de ladrón, que es el honor más leal del mundo.



Si yo intentare transcribir fielmente la difusa elocuencia de Rosalía, un volumen entero sería insuficiente para contenerla; de modo que resumiré.

El aposento ocupado por Madame de Merret en la Breteche, quedaba en el primer piso. Un pequeño armario de poco más de un metro de profundidad y construido dentro de la pared, le servía de guardarropa. Tres meses antes de la noche a que me voy a referir, Madame de Merret se había sentido tan seriamente indispuesta, que su marido la había dejado sola y se había trasladado a otro cuarto. Y por una de esas chanzas que es imposible predecir, regresó del club (donde acostumbraba leer los periódicos y discutir política) dos horas más tarde que de costumbre. Su esposa su ponía que él estaría ya en casa, acostado y dormido. Pero la invasión de Francia había sido tema de una animada discusión! El juego de billar había sido muy interesante, había perdido cuarenta francos, suma enorme para Vendome, donde todo el mundo ahorra, y donde las costumbres están restringidas a los límites de una loable modestia que es quizás la fuente de esa felicidad que los parisinos no desean. Durante algún tiempo, el señor de Merret se limitaba a preguntar a Rosalía, si su esposa se había acostado; y tras la respuesta, siempre afirmativa, se dirigía a su propia alcoba con el buen humor que nace del hábito y la confianza. Al entrar a su casa, esa noche, se le ocurrió entrar a contarle a su esposa su mala suerte, tal vez en busca de consuelo. A la hora de comida, había encontrado a Madame de Merret coquetamente vestida, y mientras iba hacia el club, se le había ocurrido pensar que su mujer había recobrado la salud, y que la convalecencia la hacía verse más bella. Como a la mayoría de los maridos, le costó hacer este descubrimiento. En vez de llamar a Rosalía, que estaba ocupada observando al cocinero y al cochero que jugaban a las cartas, el señor se dirigió a la alcoba de su esposa alumbrado por una linterna que depositó en el primer peldaño de la escalinata. Su paso inconfundible resonó por el corredor. En el momento en que el Conde abrió la puerta de su esposa, le pareció que el armario de que acabó de hablar se cerraba; pero cuando él entró, Madame de Merret estaba sola ante la chimenea. El marido pensó ingenuamente que Rosalía estaba dentro del armario, pero una sospecha que le molestó, lo puso en guardia. Miró a su esposa y vió en sus ojos no sé qué salvaje y acosada expresión.

—Es muy tarde —dijo ella. Y su voz, de costumbre pura y dulce, sonó cambiada.

El señor Merret no contestó porque en ese momento entró Rosalía. Fue como un rayo para él. Comenzó a pasearse por el cuarto, de una ventana a la otra, con movimientos mecánicos y los brazos cruzados.

—¿Traes malas noticias o no te sientes bien? —preguntó tímidamente su esposa mientras Rosalía la desnudaba.

El guardó silencio.

—Puedes irte —dijo Madame de Merret a su doncella—; yo misma me rizaré.

En la expresión de su marido vió que vendrían dificultades, y quiso quedarse sola con él. Cuando Rosalía se fue, o pareció que se había ido (porque permaneció un rato más en el corredor), el señor se acercó y

se detuvo frente a su esposa, y le dijo fríamente:

—¡Señora, hay alguien en vuestro armario! — Ella miró con calma a su marido, y replicó simplemente:

—No hay nadie.

El marido no creyó la respuesta. Y sin embargo, jamás su mujer le había parecido más pura o más santa que en aquel momento. Se levantó para abrir la puerta del armario; Madame de Merret le tomó la mano, le miró con melancólica expresión, y le dijo en una voz que traicionaba singular emoción.

—Si no encontráis a nadie allí, recordadlo, que todo habrá terminado entre nosotros! — La extraordinaria dignidad de su esposa, restauró la profunda estimación que el Conde sentía por ella, y le inspiró una de esas resoluciones a las que sólo le falta un escenario más amplio para ser inmortales.

—No — dijo —. No lo abriré, Josefina, porque en todo caso, abrirlo nos separaría para siempre. Escuchadme; yo sé que sois pura de corazón, y que vuestra vida es santa. No cometeríais pecado mortal por salvaros.

Ante esas palabras, Madame de Merret miró inquisitivamente a su marido.

—Tomad vuestro crucifijo — agregó —. Juradme ante Dios que no hay nadie en ese armario; yo os creeré, y nunca abriré esa puerta.

Madame de Merret tomó el crucifijo y pronunció estas palabras.

—Lo juro.

—Más alto — dijo el marido —; y repetid: Juro ante Dios que no hay nadie tras esa puerta.

Ella repitió lentamente la frase.

—Es suficiente — dijo el señor con frialdad —.

Y tras un momento de silencio.

—Nunca me habíais mostrado esta joya — dijo, examinando el crucifijo de ébano incrustado de plata.

Lo encontré en la tienda de Duvivier, quien lo había comprado a un monje español cuando los prisioneros pasaron este año por Vendome.

—¡Ah! — contestó el Conde mientras colgaba otra vez el crucifijo. Y llamó. Rosalía no se hizo esperar. El señor corrió a recibirla, la llevó al balcón que daba al jardín, y le murmuró:

—¡Escucha! Sé que Gorenflot

quiere casarse contigo, y que la pobreza es lo único que os detiene, y que le prometiste casarte con él si él lograba establecerse como maestro albañil. Bien. Vé a traerle y dile que venga con sus herramientas. Arréglatelas para no desperdiciar a nadie en su casa sino es a él; su fortuna será más grande que sus deseos. Y ante todo sal de esta sala sin balbucear siquiera, porque de lo contrario...

Frunció el ceño. Rosalía se apartó, y el volvió a llamarla.

—Ven, toma mis llaves — agregó —. Juan! — llamó con voz de trueno; y Juan, que era al mismo tiempo su cochero y su confidente, dejó el juego de cartas y vino.

—Acostarse todos — dijo el amo haciéndole señas de que se aproximara; y luego le agregó en voz muy baja: Cuando todos estén dormidos, DORMIDOS, me entiendes, baja y avísamelo.

El señor de Merret que no había perdido de vista a su esposa mientras impartía sus órdenes, regresó en silencio hasta ella, y comenzó a contarle del juego de billar y de las conversaciones del club. Cuando Rosalía regresó, encontró que el señor y la señora conversaban amigablemente.

—Señor, Gorenflot ha llegado — dijo Rosalía en voz baja.

—Que pase — replicó el Conde en voz alta.

Madame de Merret empalideció cuando vio entrar al albañil.

—Gorenflot — dijo el marido — ve y trae ladrillos de la cochera, y trae suficientes para cubrir la puerta de ese armario.

Luego llamó a Rosalía y al albañil aparte:

—Escucha, Gorenflot — dijo en voz baja — has de dormir aquí esta noche. Y mañana, tendrás pasaporte para el extranjero, hacia una ciudad que te diré. Te daré seis mil francos para tu viaje. Permanecerás en esa ciudad diez años; si no te agrada, podrás establecerte en otra, siempre que sea en el mismo país. Pasarás por París, donde habrás de esperarme. Allí te daré seis mil francos más mediante un contrato, los cuales habrán de ser pagados a tu regreso, siempre que hayas cumplido el convenio. Ese es el precio por tu silencio absoluto sobre lo que vas a hacer esta noche. En cuanto a ti, Rosalía, te daré diez mil

francos el día de tu boda, a condición de que te cases con Gorenflot; pero si deseas casarte, has de atarte la lengua o no habrá dote.

—Rosalía — dijo la señora — ven a rizarme!

El marido caminaba en calma por la sala, mirando la puerta, al albañil y a su esposa, pero sin revelar dudas. La señora eligió un momento cuando el obrero descargaba los ladrillos, y su marido estaba al otro lado de la alcoba, para decir a Rosalía:

—Mil francos anuales para ti, hija mía, si logras decirle a Gorenflot que deje una salida.

Y luego, en voz alta, agregó:

—¡Vé y ayúdala!

Los señores de Merret guardaron silencio todo el tiempo que se tomó Gorenflot para enladrillar la puerta. Este silencio, de parte del marido, que no quería dar a su mujer pretexto para decir cosas de doble sentido, tenía un propósito; de parte de la mujer, era orgullo o prudencia. Cuando la pared iba por la mitad, el hábil operario aprovechó un momento en que el Conde estaba de espaldas, para golpear con su martillo uno de los vidrios de la puerta del armario. Esto sirvió para informar a la señora de que Rosalía había logrado hablar con Gorenflot.

A las cuatro de la mañana, hacia el amanecer porque era en setiembre, la construcción quedó terminada. El albañil quedó al cuidado de Juan, y el señor se acostó en la alcoba de su esposa.

Al levantarse la mañana siguiente, dijo:

—¡Diablo! — Me olvidaba de ir a la Alcaldía por el pasaporte.

Se puso el sombrero, avanzó hacia la puerta, cambió la idea y tomó el crucifijo.

Su mujer tembló de alegría: "Lo va a llevar a Duvivier", pensó. Y en cuanto salió el Conde, llamó a Rosalía

—Pronto — gritó — pronto! ¡El martillo! Yo vi cómo lo hizo Gorenflot; tendremos tiempo de abrir y volver a cerrar.

En un parpadeo, Rosalía trajo herramientas a su señora, que con ardor sin paralelo se puso a demoler el muro. Ya había quebrado varios ladrillos, y se preparaba a dar el golpe decisivo, cuando percibió al Señor de Merret detrás de ella. Y se desmayó.

—Llevad a la señora a su lecho — ordenó fríamente el conde.

Había previsto lo que ocurriría en su ausencia, y había puesto una trampa a su mujer. Se había limitado a escribir al Alcalde, y a mandar llamar a Duvivier. El joyero había llegado temprano.

—Duvivier — le había preguntado el Conde. — ¿Comprasteis algún crucifijo a los españoles que pasaron por aquí?

—No, señor.

—Es suficiente, gracias — dijo. Y luego a Juan:

—Ve que me sirvan mis comidas en la alcoba de la condesa; está enferma, y no voy a abandonarla mientras no se recupere.

El cruel caballero permaneció junto a su esposa durante veinte días. Al comienzo, cuando se oían ruidos, en el armario enladrillado, y Josefina intentaba implorarle piedad por el moribundo forastero, él se limitaba a replicar sin permitirle a ella decir una palabra:

—Recordad que habéis jurado sobre la cruz, que allí no hay nadie.

NOTICIAS DE ESPERANTO

ALEMANIA.

El ministro de cultos de Sajonia subvencionó un curso de Esperanto para estudiantes en pedagogía en la escuela Schwobler.

HOLANDA.

En el Parlamento fue presentada una proposición para la enseñanza del Esperanto en las escuelas populares. Todos los diputados estuvieron de acuerdo en principio.

BRASIL.

El Arzobispo de Montevideo, ro ha recibido en audiencia particular a los representantes de Brazila Esperanto-Ligo quienes le entregaron el libro "Por i pli bona mondo" Para un mundo mejor, del cual él mismo redactó el prefacio; declaró además que da su apoyo completo al Esperanto puesto que es un movimiento que persigue el bien de la humanidad.

URUGUAY.

El Arzobispo de Montevideo, después de visitar la exposición de Esperanto y de haberse enterado del importante desarrollo del idioma mundial, declaró que dará toda ayuda para enseñar el Esperanto en las escuelas católicas y para radio-difundir conferencias en la radioemisora católica "Sarandi".

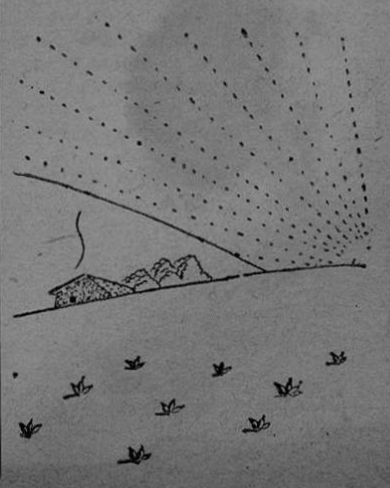
CHINA.

En Pekin ha aparecido la segunda edición del vocabulario Chino-esperanto bajo la dirección del competente lingüista Ven Lo Fun. Consta de 936 páginas e incluye todos los neologismos usuales.

SUIZA.

El Dr. Luis C. Vauthier, fundador y director de los Sanatorios Universitarios, el suizo y el internacional de Leysin, introdujo en sus establecimientos el estudio obligatorio del Esperanto "para una comprensión más rápida y mejor entre los representantes de todas las naciones que vendrán a rehacerse la salud en esa nueva casa de sanidad, de alta cultura y de trabajo internacional". Las dos obras sociales están patrocinadas por el Consejo Federal Suizo.

(Tomadas de Mezamerika Revuo)



Ofrecemos esta Semana

los siguientes

LIBROS de INTERES

a precios especiales

EDICIONES CULTURA HISPANICA	
J. PLAZA—El Comercio entre los países de Hispanoamérica	5.25
E. COBOS—La industria algodonera en Iberoamérica	9.75
E. FERNANDEZ CENTENO—Esquemas económicos de Hispanoamérica	6.00
JOSE L. DE LA PEÑA—El petróleo en Hispanoamérica	6.00

Más se conquista con los libros que con las armas.—

PETRARCA

LIBRERIA LOPEZ

Teléfono 3345 — Frente Hotel Costa Rica

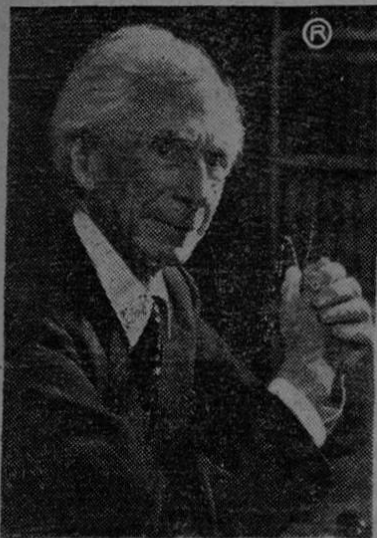
BERTRAND RUSSELL

FILOSOFO, UNIVERSITARIO Y FILANTROPO

Por Mary Agnes Hamilton



N esta nuestra época contemporánea, caracterizada por su extraordinario progreso y lo descolante de no pocas de sus personalidades se corre cierto riesgo de emplear abusivamente el calificativo de "brillante". Mas esta es la palabra que conviene a la perfección cuando se aplica al genio de Bertrand Russell el filósofo inglés que en la actualidad, a sus 82 años, destella con no menos incitante centelleo que en los días de la primera guerra mundial, cuando lo indoblegable de su realismo y su preocupación por el destino de los demás hombres lo llevó con frecuencia a trances de controversia y apuro; e incluso al



extremo de dar con él en la cárcel, preso por no abdicar de sus creencias.

El avance de la edad ha dulcificado acaso algunas de sus opiniones extremas, el sustentar las cuales lo hizo ser por tanto tiempo figura en torno a la cual giró violenta controversia; pero ciertamente ni los años han entibiado la llama de su inmensa vitalidad inextinguible, que sigue proyectán dose en el fulgor de sus ojos extraordinarios —a veces dolorosamente penetrantes— y trasciende a la claridad perfecta de su voz un poco aguda.

Dondequiera que Bertrand Russell se siente habitualmente a tra bajar, se encontrará un busto de otro gran filósofo: Voltaire. La semejanza entre las figuras del uno y del otro, resaltante siempre, se ha acentuado más que nunca ahora que la copiosa cabellera e Russell se ha tornado enteramente blanca. Pero se da mucho más que mera semejanza física entre el inglés y el francés, el último de los cuales había fallecido casi un siglo antes de que Russell abriera sus ojos a la luz de la vida.

Impresionante paralelo.

La similitud se prolonga a través de la mantenida actividad de una larga vida, en la que el pensamiento sobre los problemas radicales del espíritu humano corrió constantemente parejas con una actuación enérgica en extremo y con una rara capacidad de desinteresada indignación. Tal parecido estriba no sólo en ardiente calidad intelectual, sino también en la

tente fogosidad que impulsó a cada uno de ambos hombres a lanzarse a la controversia social y política, con un brío que provocó censuras al tiempo de desplegarse, pero q' con posterioridad había de granjear el debido reconocimiento. Y no a eso se limita el paralelo; Bertrand Russell, como Voltaire posee una veta de endiablado, implacable sarcasmo: nada es demasiado sagrado para una súbita cuchufleta regocijante, para una escapada al puro retozo verbal.

No abrigó el propósito de abordar en este artículo la aportación de Russell a la filosofía, ni su gran influencia al respecto sobre el pensamiento contemporáneo. La brillantez fué el sello distintivo de su carrera desde un principio. Contaba poco más de treinta años cuando fué admitido como miembro en "The Royal Society", organización académica fundada en Londres en 1660; a los dos años de habersele conferido tal distinción, en 1910 dió a la estampa, en colaboración con su entrañable amigo de toda la vida Alfred North Whitehead sus "Principia Mathematica", la obra sobre la que más sólidamente estriba su fama, aun q' no constituye sino un volumen en la larga serie de los libros que su ingenio ha dado a luz.

No obstante, no llegó a adquirir renombre entre el público en general de Gran Bretaña hasta los días de la primera guerra mundial, y aun entonces no precisamente como escritor, sino gracias a su pacifismo activo. Bertrand Russell salió en defensa de los "objetantes por razón de conciencia", y llegó a ser encarcelado, acusado de incitación a la resistencia al reclutamiento forzoso. Sus actividades le llevaron a frabar estrecho contacto con el ala izquierda del Ptdo. Laborista, y ello dió ocasión a q' figuraran como un de los miembros integrantes de la comisión que tal partido envió a Rusia, a raíz de concluirse las hostilidades. Lo que él vió allí era una tiranía de tipo casi religioso, y resueltamente no le gustó; en una época en la que se había difundido una corriente sentimentalista a favor de la nueva Rusia, su libro, titulado "The Practice and Theory of Bolshevism", publicado en 1920, fué algo así como ráfaga fría de penetrante realismo.

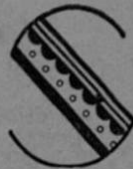
Más tarde marchó a China para dar conferencias sobre la filosofía "behaviourista" (que trataba de inferir principios de la observación de la conducta humana) filosofía que personalmente aceptaba a la sazón. En Londres dió otra serie de conferencias sobre Reconstrucción Social y fundó una escuela avanzada. Sus ideas concitaron contra él por algún tiempo gran impopularidad tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos pero Russell se mantuvo impertérrito.

Al fallecimiento de su hermano, en 1931, Bertrand Russell pasó a ser Conde, el tercero de los condes Russell, aunque por mucho tiempo prefirió no usar el título, y no lo usó nunca al firmar ninguno de sus trabajos literarios.

En viraje crítico por lo que se refiere a la estimación en que le tenía el gran público fué el que sobrevino en 1939, año en que el antiguo pacifista clamó con todas sus fuerzas propugnando la resistencia contra la tiranía hitleriana. Pero en 1942, cuando Gran

Anecdótico Nacional

Por: Carlos Fernández Mora



IN esperar nunca un estímulo para su labor, que resultó fecunda, el recordado hombre público don Zenón Castro Rodríguez, por

medio de hojas volanderas que él mismo repartía a sus amigos, atacaba a los gobiernos que él calificaba malos, ridiculizándolos con su estilo por cierto muy original.

Una vez, la suerte tocó las puertas de su casa. El premio mayor de la Lotería del Asilo Chapuí fué a saludarlo y a acariciarle sus hermosas barbas que las acostumbra llevar sobre sus hombros.

Este personaje que movió por muchos años las palancas de la política nacional, fué motivo de simpáticas manifestaciones de simpatía por parte de sus amistades. Don Zenón dejaba de ser pobre...!!!

Tan pronto corrió la noticia, las gentes se alegraban y abrazaban a Don Zenón.

Un día se encontró en la calle con un amigo que le dijo:

—"Lo felicito don Zenón por la suerte que ha tenido".

Y el señor Castro, con una sonrisa maliciosa, le contesta:

—"FELICITE A MIS ACREE-
DORES, QUE ELLOS SI ESTAN
CONTENTOS".

Bretaña y sus Aliados prestaban su ayuda a Rusia, Bertrand Russell tachó a este último país de constituir una amenaza para la futura paz.

En su defensa de la libertad y en su reconocimiento del valor del espíritu humano, Russell se ha mantenido siempre, por supuesto, perfectamente coherente y fiel a sí mismo; el tono de sus últimos libros es, a tal respecto, aun más cálido que el tono de sus obras previas. "The History of Western Philosophy", aparecida en 1946, denota claramente tal nueva tonalidad. Y revela además una plenitud de energía mental en la que no ha marcado mella el paso de los años, una lucidez que hizo de él uno de los más admirables y estimuladores de entre los participantes en las sesiones del "Brains Trust", o Consultorio Intelectual, organizado por la British Broadcasting Corporation.

Honores bien merecidos

En 1949 se le nombró a Bertrand Russell miembro de la Orden del Mérito —Orden cuya investidura se destina como especialísima distinción para hombres y mujeres eximios de Gran Bretaña, y honor tanto más raro y preciado por el hecho de que el

número de los miembros de tal Orden está restringido a 24. Al año siguiente, en 1950, se otorgó a Bertrand Russell el Premio Nobel, no por sus servicios a la filosofía o a la alta matemática, sino en reconocimiento a sus méritos literarios. Nada más justo; porque desde los días en que, plétórico de entusiasmo juvenil él mismo, arrebató a los estudiantes con un brioso ensayo titulado "The Free Man's Worship" (El Culto del Hombre Libre), Russell ha ido labrando un estilo de incomparables ímpetu y galanura. Su precisión y variedad en la selección de palabras, tanto cuando éstas afloran a sus labios como cuando brotan bajo su pluma, corren parejas con la claridad de su dicción. Gracias a lo admirable de su estilo, se deja leer siempre con placer, hasta en sus obras más serias y "difíciles".

Su ilimitado fervor vital le ha impulsado recientemente a explorar un nuevo campo, el de la ficción literaria. Pero de los muchos frutos de su larga vida colmada, aquellos a los que la posteridad otorgará lugar de primacía en su estimación serán indudablemente los que Russell cosechó en la filosofía y aportó a la historia del progreso del pensamiento humano.

DUEÑO DE LOS JARDINES AMANTES

Por HUGO E. LINDO.

El último libro del poeta costarricense Alfredo Cardona Peña, editado en México ha tenido gran éxito en Hispanoamérica, ya que ilustres escritores lo han saludado en forma entusiasta. Transcribimos el siguiente ensayo del doctor Hugo E. Lindo, poeta, ensayista y diplomático salvadoreño actualmente en Chile, desde donde ha enviado a la prensa de América un artículo ensalzando las calidades poéticas del reciente libro de Cardona Peña, titulado "Los Jardines Amantes".

JARDINES

Aquí se cae descuidadamente, sobre el césped de cualquiera página, y se solaza el ánimo. Son *Los jardines amantes*, con mucha flor de amor, que ha cultivado Alfredo Cardona Peña en su propio mundo poético. Los edita, bajo el número 23, Cuadernos Americanos, de México. Garantía de exigencia. PRIMERA IMAGEN

Era, como yo, por entonces, muy joven, muy delgado, muy inquieto, una prisa innecesaria le empujaba las palabras, que discurrían con la inconfundible cadencia costarricense. Tenía una indomable alegría por toda clase de disciplinas, desde las hogareñas de star recluso a las diez de la noche, hasta las puramente lógicas que le imponían las ecuaciones de álgebra de segundo grado.

En los ojos llevaba un destino poético, pero no parecía en aquel tiempo comprender el sacerdocio de la Poesía. Recitaba versos humorísticos. Había por esos años compuesto unos cuartetos formalmente perfectos, perfectamente vacíos, que repetía en reuniones alegres:

*En un perpendo de escaleario
infruso,
de amarcento terrín y
concurso,
la vi al sirosa con el frente
cruzo
en un atardecieso espeluznoso...*

Tenía buen humor, antojadizo, y aguantaba muchos castigos. ¡Ah, como odiaría entonces al inflexible Meme Castro, que tanto bien le hizo!

Más tarde, partió a México. Ignoro si pasó al Rubicón de las matemáticas, o si, como Luis Gallegos Valdés, se quedó del otro lado del bachillerato, por hallar inexpugnables las cimas de los radicales y de las potencias...

En El Salvador dejó amigos. Uno de los más estrechos de ayer y de siempre, evoca hoy su imagen. Esta primera imagen.

JARDINES OTRA VEZ, Y NUEVA IMAGEN

Ya escribí el encabezamiento. Si Juan Guzmán Cruchaga estuviera aquí y ahora, me haría notar que, en fuerza de hábitos vocacionales, el titulillo me salió endecasílabo. Juan tiene siempre el oído despierto, y juega al juego de pescar versos en la prensa

Ahora nos vamos a situar frente al libro, editado el año que acaba de transcurrir. Son 176 páginas, y el índice señala estas subdivisiones: *Valle de México, Los Jardines Amantes, Elogio de la Provincia, Subsuelos de la Crea-*

ción, Escritura Poética, Los Maestros, Poemas a Poemas.

De estos jardines de hoy, irá brotando la nueva imagen.

VOZ DOMINADA

Comencemos este párrafo con un dato de "erudición pasmosa": dominio es palabra derivada del latín *domine, señor*, y expresa señorío y maestría. Ahora que mis lectores se han quedado estupefactos ante "tanta sabiduría", rastremos los dos aspectos de este dominio que revela Cardona Peña: el as del señorío, la elegancia, la fluida y alta distinción, y el de la maestría técnica. Aquel dominio es una nota del espíritu; éste, una condición de la cultura. He aquí la elegancia, traída como gema interior desde el primigenio Nunca, y labrada y engastada al través de la orfebrería de los clásicos:

BECQUER

*Pianos. Miradas afines.
Un álbum entre la yedra.
La luna besa en la piedra
el alma de los jardines.
Citaras leves. Confines
aromados de preguntas,
y angélicas, tiernas, juntas,
como almas anocheciendo,
arras de nieve cayendo
sobre las rosas difuntas.*

("Los Jardines amantes",
p. 152).

Señorío no implica engolamiento, ni eso que se dió en llamar *torremarfilismo*, una evasión del poeta, una forma despectiva de ver el mundo y a los hombres; señorío no determina el abandono de las fuentes vitales y populares, ni el escape a las realidades cotidianas. Nada negativo. El gran señor pasea por el mercado y ama a los humildes. El más Grande Señor de que habla la historia, aquel Gran Señor de Galilea, ejerció la suprema elegancia comiendo a la mesa de pescadores. Cardona Peña nutre su poesía de jugos terrestres y de verdades humanas. Lírico en el más puro sentido, no desdeña las insinuaciones épicas del territorio y sus aconteceres.

La historia plena de poderes telúricos, arde en sus versos con el concentrado fuego esencial de Heráclito. El propio poeta lo dice:

*El fuego está por dentro,
vive en la flor oscura del
origen,
en la sangre, la cólera y el mito.*

("Valle de México", ob cit.
p. 10).

Es precisamente en el canto inicial, *Valle de México*, que ya había sido publicado en edición aparte de "Cuadernos Americanos", en donde los valores históricos se presentan bajo la más ígnea vestidura. Quetzalcóatl es ahí, más que serpiente con plumas, serpiente de fuego. Hace pensar en la Kundalini de la filosofía indostánica, despertándose entre las vértebras de la vulcanología mexicana:

*La serpiente es la antigua morada
del instinto,
lo que reptaba y vigila, la posesión
adámica.*

(Ob. cit. 10c. cit.),

De lo que va dicho se esboza una conjunción de valores internos ilusoriamente antitécnicos:

por una parte, hay un venero hondamente metafísico, un río que discurre sobre la tierra misma. Un mundo subterráneo —a veces supraterráneo— y otro exterior. Pulpa y corteza.

Si espigáramos con minuciosidad las referencias metafísicas, o para ser más exactos, los atisbos intuitivos de la Almendra del Universo, hallaríamos infinidad de versos luminosos. Vayan aquí unos pocos:

*Vemos las apariencias, ciertamente
es bello contemplar.
Más en lo oscuro alienta lo
divino.*

(Ob. Cit. p. 11).

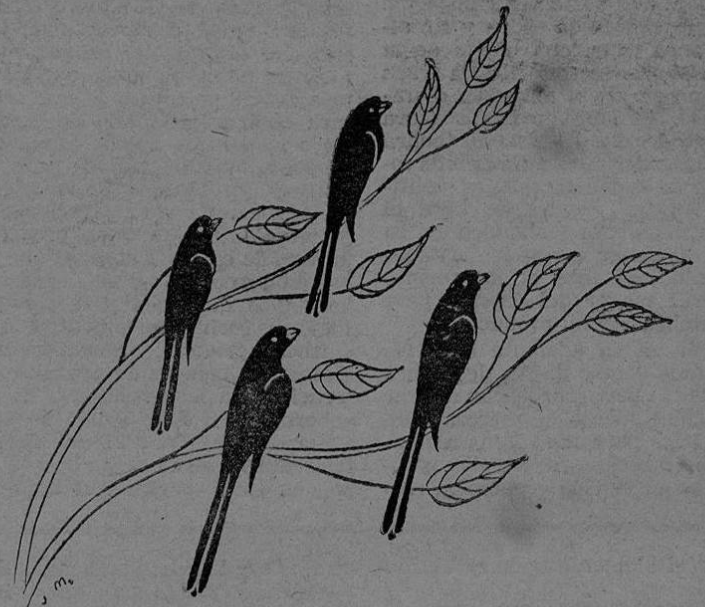
*Porque debajo de sus muertos
vive
sin perecer, y es en Lo-No-
Mirado
donde levanta al cielo su
verdad deslumbrante.*

(Ob. Cit., p. 14)

*Todo pasó. Que sobre cada
muerte
se edifica otra muerte.*

(Ob. cit., p.26).

Y al lado de esto, como decía, un ver las cosas. Un echar la mirada amorosísima sobre los hombres y sus pequeñas batallas de cada día, sobre los animales de la selva y el aire, sobre las fru-



tas que aroman los canastos de las vendedoras, sobre los acacercos cuentos que alzan la nacionalidad mexicana, sobre los pueblecillos provincianos... Lema de Cardona Peña es la frase de Terencio que tanto amaba don Miguel de Unamuno: "...nada de lo que es humano me resulta extraño" Muchas veces el poeta no se da cuenta precisa de cuáles son los móviles que producen en sí el milagro de la expresión. Siente, como en un trance, caer las palabras de la vacía altura, y combinarse en la teoría juguetona de una metáfora, y él mismo como iluminado permanece ajeno a toda explicación. Pero Alfredo sí sabe la esencia de su embriaguez. También esas palabras le han venido al oído interior, y él las ha escrito como una clave que debemos tener los que deseamos abrir la puerta —el portón de rejas— de sus amantes jardines:

da plenitud, que no le ha restado su potencia de universalidad.

La primera explicaría —si hay que explicarla— su condición mágica, profética, casi sacra; lo segundo, su plasticidad entre pictórica, escultórica y frutal.

EL OTRO SEÑORIO

El epíteto con que voy a calificar ahora la poesía de Cardona Peña, está escogido con detallismo y precisión notariales. No se me ocurre ahora. Lo he venido tallando, burilando, días y noches. Diré de ella que es viril. Ni en el acento épico llega a caer en la facilísima pendiente de lo declamatorio, ni en el acento lírico en lo dulzón y debilucho. En ambos conserva extraordinario equilibrio. Y de este equilibrio entre rudeza y ternura, entre fuerza y caridad, surge la condición viril, la cual se

- REALIZACIONES EDUCATIVAS

Escribe: Prof. Asdrúbal Sequeira



En las experiencias del siglo dieciocho el costarricense incorpora a su propia modalidad a algunos caracteres de significación histórica, como el individualismo, como ciertos costumbrismos, como el desinterés por el fomento de organizaciones sociales que desarrollen la cooperación para el progreso nacional. Los costarricenses en esta centuria desarrollaron su vida en derredor de las haciendas esparcidas por los valles de la Meseta Central siendo sus actividades de fondo el cultivo de los productos para poder subsistir, y una buena vigilancia y asistencia de sus parcelas de tierra. Naturalmente que los costarricenses en estas condiciones no pudieron gestar manifestaciones que se tradujeran en aspiraciones político sociales para el progreso general de la Provincia. Más bien por la fraternidad y la paz en que se vivió se presentó un sistema político social denominado democracia rural, anticipo a la democracia política presentada en Costa Rica después de la Independencia. Esta democracia rural fundamentada en ciertos caracteres especiales de la vida del labriego fué provocando poco a poco enmiendas en las actitudes psicológicas del hombre hasta consolidar su aislamiento, o en otras palabras, su individualismo, con los inconvenientes que tal fenómeno habrá de traer para la vida histórica costarricense. Con el siglo diecinueve se continúa esta misma organización social y política de orden y sin alteraciones. Más, el tránsito de la independencia marcó hondas transformaciones en el alma del costarricense. El labriego hasta ahora inactivo dentro del Estado, tendrá que responder ante nuevos interrogantes de orden económico político y social. Después de 1821, el desenvolvimiento económico del café va a tomar un auge bastante poderoso mediante el incremento cada vez mayor del capital, para las siembras de tal producto.

De ahora en adelante los jefes de Estado dentro de sus decisiones de guiar al país procurarán apoyar el establecimiento de mercados en el exterior para las ventas cateteras que ofrecían ya grandes perspectivas en la vida económica cos-

tarricense. Todas estas medidas van desde luego a permitir al agricultor ver la necesidad de integrarse y ensanchar así sus ganancias. Sin embargo, no todos ellos podrán mandar el producto al extranjero por las debilidades económicas. En vista de eso deciden venderlo a otros individuos de mayor pujanza económica, los exportadores, que serán los verdaderos dueños del negocio.

Así aparece en un primer periodo de nuestra Historia económica una división del trabajo constituido por agricultores y exportadores del café.

Al final, estos exportadores tendrán gran proyección histórica y política puesto que fueron fomentando los grupos, primeramente en torno del café, para luego trascender a la política nacional en donde impondrán sus caprichos. El café desde 1842 en adelante se constituyó en factor de poderosa influencia económica costarricense. Ya en los tiempos de don José María Alfaro se constituyó LA SOCIEDAD ITINERARIO ECONOMICA que entre otras atribuciones tenía la de vigilar y cuidar el camino de Cartago a Puntarenas. Esta sociedad se mantuvo formada por cafetaleros miembros de ricas familias. Además la ganancia era suficientemente débil para los agricultores y fuerte para los exportadores lo que presenta una división económica que contrasta grandemente con las épocas coloniales de caracteres pacíficos. Por lo tanto, la situación que estas fuerzas presentaron fué la presencia de movimientos de carácter económico en las gentes. Movimientos que giran en torno al café. Estos fenómenos desarrollaron una sociedad tal que no ofrecía aspiraciones de otro género y dispuesta a rebelarse contra lo que atentara contra tal estado de cosas.

En lo político, sabido es ya que lo predominante aún después de 1821 es un sistema de democracia patriarcal y sin aspiraciones superiores en beneficio del progreso, un tipo de costarricense tal que vivió en torno de sus haciendas en los siglos dieciocho y diecinueve forjó sus luchas únicamente con sus cultivos agrícolas, creando un conglomerado incapaz de provocar alteraciones a las funciones de los gobernadores. Este grupo se continúa después de 1821 con su patriarcalismo en su modo de gobierno; en esta oportunidad bajo los

primeros jefes de Estado. Algunos jefes de Estado como Carrillo son de tono enérgico; airados en sus actitudes públicas, más no fué hasta que llega José María Castro a la Jefatura de Estado en 1842, que se va a transformar tales concepciones políticas mediante positivas realizaciones de gobierno. El Doctor Castro encontró a partir del 42 una sociedad caracterizada por un grupo de costarricenses agricultores, con necesidades de nuevas orientaciones políticas y culturales. Una ignorancia en los hijos de las familias ricas y pobres y en general de la colectividad que permitió moverse a la gente de la época únicamente en torno a la ganancia del dinero, mediante el comercio; pero sobre todo y esto fué lo fundamental, la existencia de los exportadores monopolistas del café que cada vez más, acrecentaban sus fuerzas económicas con perspectivas de iras trascendiendo hasta las decisiones del gobierno. Con estas fuerzas poderosas se enfrentó la figura del Doctor José María Castro. Algunos de estos obstáculos serán superados por él; más lo cierto es que los elementos oligárquicos que dependen del café constituirán sus principales obstáculos ante los cuales muchas de sus positivas obras no encontrarán eco de 1842 en adelante.

De esta época en adelante Castro procuró ir sentando las bases de su reforma político democrática para Costa Rica, y lograr que los hombres costarricenses no continúen siendo individuos inactivos en la vida política nacional, para transformarse en factores positivos del progreso republicano. La democracia, según Castro, ha de entenderse al servicio de todos, no de unos cuantos, ha de ser para todos los costarricenses sin distinción de credos ni de clases sociales. El deber y el derecho que ella presenta debe llegarse a comprender plenamente mediante el desarrollo inteligente de la educación extendida a todos los ciudadanos. Algunos aspectos como la libertad de prensa considerada en su honda significación democrática, como la formación cívica y moral del costarricense para el disfrute de los derechos que otorga la democracia, lo mismo que el ensanche de la educación para combatir la ignorancia que cundía por aquellos tiempos, constituyeron muchas de las valiosas contribuciones de Castro al progreso de la patria.

2º—FORMACION CULTURAL Y EL ESTABLECIMIENTO DE INSTITUCIONES EDUCATIVAS

Un hombre con este ideario anteriormente analizado hace más de cien años adquiere significación histórica grande. Sus valiosos principios que él enunciara en su época pueden compararse con la enunciación ideológica de ciertos liberales americanos que han fungido en el desempeño de funciones públicas con gran prestigio, como Alfonso López en Colombia o un Pedro Aguirre Cerda en Chile. Fué la figura del Dr. Castro constituyente de una personalidad liberal no cerrada, ni practicante exclusivista y en forma rígida de productos sociales de la Revolución Francesa. Su mente fué de amplia inteligencia por lo que observó con acierto las perspectivas social históricas del país antes de obrar gubernativamente. Para una mejor comprensión de su obra de gobierno pero en especial, la educativa, de la época de 1842 a 1849 apreciemos su formación que fué la inspiradora en sus propósitos de progreso.

Al Doctor Castro le tocó obtener su formación cultural en la Universidad de León de Nicaragua en donde obtuvo su título de Bachiller en Filosofía el 23 de Diciembre de 1838. Esta Universidad, junto con la de San Carlos en Guatemala fundada en el siglo diecisiete por las autoridades españolas constituyeron en los tiempos coloniales las principales instituciones en donde se dedicaran al estudio los costarricenses, sobre todo aquellos que van a intervenir directamente en la estructuración política del Estado de la independencia. En el centro Universitario de León de Nicaragua predominaba una acentuación religiosa, ya que se impartían asignaturas como DERECHO CANONIGO, Derecho Civil, Teología Moral, Latín, Teología dogmática, Medicina, Cirugía. Este bagaje de aspectos, desarrollados daba al estudiante gran formación religiosa junto con los conocimientos del derecho, medicina, cirugía, que eran las principales profesiones. Culminaban estos estudios profesionales en una ceremonia en la Catedral de León en Nicaragua ante dignísimos dignatarios eclesiásticos. Por el sentido religioso de esta Universidad, la Universidad de San Carlos de Guatemala fué más liberal, aunque en el fondo se dieron las mismas asignaturas para lograr fines religiosos y culturales con los cuales poder armonizar con el largo período del coloniaje español. Las Universidades de Centro América en el período de la Colonia fueron instituciones que reflejaron la cultura peninsular en aquella época. Esto permitió que el catolicismo en la cultura que se impartía en las Universidades españolas de esta época pasase a América a través de tales universidades centroamericanas, y de allí a Costa Rica por medio de los pocos costarricenses que realizaban sus estudios en tales centros universitarios. Con estas bases de orientación religiosa en la Universidad de León de Nicaragua fué donde obtuvo su educación el Dr. Castro, en donde sorprendió por su clara inteligencia al enunciar ya principios sobre política centroamericana. Lo cierto es que cuando pronunció su discurso en León de Nicaragua siendo estudiante graduado en 1838, enfrentó temas que por la actualidad que presentaba en la época las complicaciones de la política centroamericana, fueron el vaticinio de las luchas que

refleja nítidamente en la expresión formal.

Los recursos de una rigurosa métrica, son suyos. La redondez precisa de la décima, la estructura sin licencias del soneto, la flexibilidad externa de la oda y de la lira, la difícil concatenación de rima que es el terceto, están en sus manos. Y, no obstante, en sus poemas de más aliento, esos que parecen metal forjado en fuego místico y templado en mundanísimos aceites de pasión, la arquitectura se asienta sobre pilares de personal libertad. Juegan ahí versos de 11, de 12, de 13, de 7 sílabas; la rima asonante aparece y desaparece, como uno de esos arroyos que se pierden aquí para bañar más lejos otras riberas de junco. Sabio en letras —aquel joven travieso de versos que yo conocí se ha trocado en profesor adusto de literatura— acarrea a todas las formas que su poesía asume, un cálido aroma de lecturas clásicas. Góngora le presta fórmulas de alquitarados de-

cires, Fray Luis y Garcilaso le dan rurales y pastoriles aires, San Juan y Santa Teresa le muestran las alturas devotas. Goce el lector conmigo esta décima que a San Juan, como un exvoto lírico, escribe Alfredo Cardona Peña:

San Juan de la Cruz

*Se quemó con un zafir
un niño yendo a jugar,
y en vez de oírse llorar
ruido se oyó de escribir.
Nunca nos pudo decir
cómo se quemó, ni cuánto,
más produjo tal encanto,
fué tan profundo y tan leve,
que nevó sobre la nieve
hecho palabras su canto.*

Es sabido como la libertad métrica ha sido aprovechada por los incapaces, por muchos incapaces, como una trinchera o parapeto de su impotencia. Escriben versos blancos y asimétricos, porque no pueden gobernar las riendas del eneasílabo, o del endecasílabo, y el

verso se les va desbocado hacia la prosa... Pero los poetas de verdad, como éste, llegan al verso libre, cuando llegan, después de transitar todas las vías técnicas. Y entonces ocurre que el verso, dentro de su libertad, acusa la presencia incontestable de una disciplina acendrada y de un pulimento interior. Se ajusta así, de modo espontáneo, y por encima de toda explicación retórica, al ritmo subyacente en el tema y el tono. Pues que cada tema y cada tono tienen su propio requerimiento, y ése hay que adivinarlo. Hay que intuirlo poéticamente.

ULTIMA IMAGEN

Hoy si conozco al dueño de este jardín.

Ya no es el mozo atolondrado de una querida y ya no tan próxima edad. Es ahora uno de los más grandes poetas de América, cuyo nombre no puede estar ausente de ninguna Antología preparada con dignidad y gusto.

AS DEL DOCTOR CASTRO

En 1842 cuando la República graduada en Civil y se le dio importancia por don José María consigna que o habían mantenido con el centro León de Nicaragua Zeledón fundador del Derecho como don Manuel nombres de imbecilidad en el país. Con la casa de sus egresados fue de la Universidad Santo Tomás en el bagaje de la cultura provendrá esta Universidad de Guatemala, universidad se formarán en el Volio y Montañas Lafuente. Las primeras públicas del Dr. Castro Morazán en el gobierno de su brillante progreso. Como en el gobierno de Castro la constitución inculcable por los de aquellos tiempos. Es al referirse al su voto directo o su más efectiva de adelantadas fueron las políticas más incipiente medio costarricense no permitió aprender en esos tiempos.

En 1843, al transformar la Casa de Santo Tomás en universidad, el doctor Castro precisamente consolidó sus pasos más trascendentes en su vida pública. El aspecto que trajo para aquellos años de retroceso y sin manifestación ciudadana en los públicos fué significativo. Rica no podrá vivir más ahora en la estrechez cultural. Según Castro decía para el devenir que exige desarrollo de las ciudades ciudadanas. La tradición del Estado en 1848 el Doctor Castro obtuvo en Santo Tomás y en esta manera la Instrucción Pública en la cual no obstante el ideal de gobierno renovado.

El Dr. Castro es progresista. Pero ante el progreso de la democracia en años. De allí los principios que él en esa época, un maestro de la democracia costarricense por ensanchar el país de acuerdo a la mujer y a darle un lugar que obtenga un correspondiente. Fundada dicta en este sentido el Dr. Castro exaltarla para el elevadas funciones de educación. Instala con el fin de dar a la mujer los conocimientos que necesita, como el Liceo fundado en 1847 para traer perso-

nel europeo. Indudablemente todas estas medidas le permitieron a él, no omitir ningún aspecto del Estado, los cuales necesitaban hondas transformaciones por este presidente progresista. Así, honda preocupación de su parte fue la PRENSA que él consideró indispensable en una democracia, la educación como base de la misma, y el respeto a la dignidad del hombre como consecuencia de la vigencia del sistema democrático. En resumen Castro, mediante sus medidas adelantadas supera la DEMOCRACIA PATRIARCAL DE INACCION EN LOS INDIVIDUOS, DE ESCASO AFAN DE INTERVENCION CIUDADANA, CON LA EXTENSION DEL SISTEMA DEMOCRATICO LIBERAL DE ACUERDO CON SUS CONVICCIONES POLITICAS.

Todas las instituciones educativas fundadas por Castro responden a esta honda consigna establecida por él para lo cual sus planes poseen enmiendas generales por la orientación nueva que prevalece desde las esferas del gobierno. La antigua Casa de Enseñanzas de Santo Tomás del año catorce ciertamente fué predominante en ciertos métodos de enseñanza como el simultáneo y el individual que se basaron ya en hacer grupos de cultura o de ver netamente individuos por el maestro.

Fueron aplicados castigos muy severos en virtud del carácter religioso de la época. Ante esta situación, Castro introduce en su época el capítulo de las ciencias por primera vez en nuestro desenvolvimiento educativo frente a las asignaturas del latín y griego que eran las tradicionales. Las instituciones darán instrucción científica con el objeto de formalizar el desenvolvimiento de las capacidades del estudiante. Tan de fundamental interés es este punto en los planes que constitucionalmente ya aparece regulado en el capítulo de la Instrucción Pública en la Constitución del 47 en que se dice que "el Estado garantiza la educación mediante un establecimiento general de enseñanza de las ciencias". Este aspecto hace evolucionar a la educación de 1844 en adelante presentando desde luego diferencias notorias con la enseñanza que hasta esa época había prevalecido en un tipo de sociedad costarricense pasiva, hechos que después de 1821 se complicaron, por las diferencias políticas que se presentaron entre los otros pacíficos costarricenses. En todos estos tiempos de inactividad cívica del costarricense la EDUCACION COLONIAL giró en torno del latín y el griego. Pero cuando llega Castro las lenguas muertas dan su paso a las ciencias que buscan nuevas realizaciones en provecho de nuevos sentidos de la democracia para un tipo humano liberal a que se aspira. Aún más, el desarrollo de las ciencias en estos planes permitió modificar ciertos castigos practicados en la Colonia como la PALMETA Y EL AZOTE, instaurando en su lugar el ayuno a pan y agua, postura de rodillas. Así mismo se establece la gratuidad en las escuelas que se sostenían por el gobierno y los municipios, medida que venía a reforzar más la idea de extender la educación a todos los costarricenses.

3°—DERECHO A LA EDUCACION
El Dr. Castro fué una mentalidad superior cuando estipuló en la constitución de 1847 la Instruc-

ción Pública como un derecho de los costarricenses. Ya en la constitución de 1844 hubo un avance notorio en este sentido al aparecer en los artículos 180 y 181 la consideración de que es deber del gobierno disponer de todos los medios para la ilustración puesto que ésta es un derecho de los costarricenses y el Estado la garantiza por disposiciones especiales. Sin embargo estas manifestaciones constitucionales aparecen en la constitución de 1847 formando un cuerpo de artículos sobre Instrucción Pública más orgánico y en situaciones ampliadas considerablemente. Los artículos 169-170 y 171 de esta constitución comprenden una enunciación amplia sobre preceptos legales sobre Instrucción Pública y que van desde la garantía que ofrece el Estado para el disfrute de este derecho por parte del costarricense por medio del establecimiento de planteles de enseñanza de las ciencias, hasta la uniformidad de la Instrucción Pública en el Estado para ambos sexos.

Con estas reglamentaciones legales sobre Instrucción Pública e incorporadas a la constitución, el Doctor Castro se hacía eco de los movimientos de la Educación en ese siglo. Durante la vida pública del siglo diecinueve el problema que en torno a la educación se agitó más fué el problema de la libertad de Enseñanza y de su control por parte del Estado. Desde luego este problema fué derivado de los resultados de la Revolución Francesa y que pugnaba por quitar el monopolio de la enseñanza ejercido por las instituciones eclesiásticas. Algunos hombres de América como Sarmiento y Mann propagaron la ampliación de estos principios revolucionarios de educación lo que permitió incorporarlos en ciertos fines que persigue el Estado en bien de los individuos. La vida liberal que exigía la libertad únicamente, hizo crisis, no satisfizo todas las necesidades del hombre. Las democracias modernas van más allá puesto que permiten en los Estados las libertades inherentes a la personalidad humana así como también un intervencionismo positivo de éste en la vida pública mediante la realización de fines como Salud Pública y educación. En algunos países americanos después de su independencia, promulgaron estatutos políticos que consideraron al aspecto educativo exclusivamente para grupos, para élites, fundadores posteriormente de castas oligárquicas. Esto evitó la posibilidad de hacer llegar la educación pública a las capas de toda la población, fenómenos que desde luego ocasionaron trastornos en la evolución política de los nacientes Estados. En nuestro país; interpretando los primeros estatutos políticos que se promulgaron para organizar al Estado después de 1821, notamos que en cuanto a la estructuración orgánica de los mismos predominan marcadas influencias políticas de los siguientes corrientes: "unión de México y Centro América, formación separada de la nacionalidad centroamericana tomando como centro Guatemala, o separación de Costa Rica de este bloque para crear nación autónoma". El mismo Pacto de la Concordia aprobado el 1° de Diciembre de 1821 y que promulga las garantías individuales, formación del poder ejecutivo, organización de la administración de Justicia y del poder ejecutivo también declara ya una específica forma de gobierno manifestando que Costa Rica asumía ya

su soberanía. Estas trascendentales medidas fueron completadas con la enunciación que de "ciudadanos u hombres" libres se hizo de los costarricenses expresamente. Indudablemente la presencia de principios de este orden constitucional recién enunciados y que propulsaban el progreso de la ciudadanía exigía para una mayor satisfacción de la época, la extensión de la Educación Pública.

Sin embargo, un estado de sociedad homogénea, un estado que estaba integrándose a la vida pública, no contaba con centros educativos que influenciaran, que se hiciera sentir en las gentes en sus decisiones histórico políticas. Por este motivo al no haber una educación ensanchada a las masas campesinas y capacitarlas, el Estado se valdrá de sus pocos hombres preparados que a manera de conductores prudentes señalarán el camino a seguir en los difíciles problemas que trajeron los periodos históricos posteriores a 1821.

En el año de 1825 de acuerdo con la constitución de la República de Centro América el Estado de Costa Rica promulga la Ley Fundamental del Estado suscrita por Juan Mora Fernández. Contiene este documento los deberes y derechos del costarricense inspirados en los derechos del hombre y del ciudadano provenientes de la Revolución Francesa. Así mismo el gobierno se divide en conservador, legislativo, ejecutivo y judicial. Fuera de estos articulados no aparecen otros que se refieren a la educación, a no ser el afán de los conductores del Estado de preocuparse por ella, cosa realizada progresivamente desde dos o tres años atrás. El estatuto político de 1825 surte efecto hasta 1838 cuando Carrillo llega por efecto de un golpe militar al gobierno del Estado. Su decreto del 15 de Noviembre de 1838 en que se declara que Costa Rica asumía por entero la plenitud de su soberanía formando un Estado libre e independiente pero formando parte de la familia centroamericana, es el más importante paso político en el Estado en esos años. Sin embargo, hasta que hayan evolucionado las ideas sobre democracia en la mente de nuestros antepasados, no se registrará el ensanchamiento educativo considerado ya como derecho de hondos significados. Tales manifestaciones se presentarán en la constitución de 1844 y 1847, manifestaciones que precisamente son resultado de enmiendas que sobre asuntos gubernativos impuso la figura del Dr. Castro por medio de su valioso ideario político. Cuando Castro en la constitución de 1847 enuncia ya la educación como Derecho está en forma notable adelantándose a ciertos derechos ampliamente desarrollados en este siglo, como el derecho del niño a la educación, el derecho del pueblo a ser enseñado. El Dr. Castro al implantar el derecho a la educación tuvo inspiración de los hechos resultantes de la Revolución Francesa como el de la propiedad, seguridad, resistencia a la opresión. Todos estos derechos el Dr. Castro va a extenderlos a todos los individuos, convirtiéndolos en elementos de dinamismo democrático. Con estas actitudes de carácter político y social, Castro ahondaba la inspiración ideal de su régimen democrático liberal que deseaba para Costa Rica. Su mentalidad fué superior al medio. Superó al patriarcalismo con una fórmula de gobierno de acción para todos, basa-

do en el conocimiento del derecho y el deber que otorga la democracia activa liberal, combatió la ignorancia con la extensión del derecho a la educación para los costarricenses y luego extendió la democracia de acuerdo con sus renovadas consignas.

4°—REGLAMENTO ORGANICO SOBRE INSTRUCCION PUBLICA EN 1849.

El Reglamento Orgánico enunciado por el doctor Castro en 1849 constituye dentro del desenvolvimiento histórico de nuestra educación un documento de inmenso valor. Hasta esa época la educación en el Estado se había venido desplegando con ciertas complicaciones consignadas en algunas estatutos que nos habían regido constitucionalmente como el Pacto de la Concordia y la Ley Fundamental del Estado. Estos estatutos hablan de los deberes del costarricense de ser funcionario público eficiente, del ciudadano con responsabilidades y de la lealtad al Estado. Sin embargo, tales apreciaciones constitucionales no tuvieron fuerza como para provocar un ordenamiento de carácter legal que organizara en esas épocas las obligaciones de las tareas educativas dentro del Estado. No es sino en la época del Dr. Castro, después de haber fundado la Universidad de Santo Tomás junto con las demás instituciones educativas restantes, como el Liceo de Niñas, la Escuela Normal, que fué posible formalizar un estatuto docente que estipulaba por primera vez las características de la Instrucción Pública de esa época en Costa Rica. Caracteres que incluían: fines fundamentales, inspiración para la realización de estos fines, así como también ciertos cambios en el planeamiento de las labores generales en las Instituciones Docentes, por medio de planes de estudio diferentes a los ya conocidos. Se hace indicación en este Reglamento de la necesidad de extender cada vez más la educación mediante fundación de nuevos Colegios. También se examinan en este Estatuto las perspectivas que ofrecen las municipalidades para el sostenimiento de la educación, funciones que desde luego en 1869 con don Jesús Jiménez, serán desarrolladas con toda amplitud. Son muy valiosos los alcances que para la organización educativa de la época tiene este Reglamento al constituir un Consejo de Educación Pública con el Rector, Vice-Rector y el Secretario de la Universidad de Santo Tomás y el Director General de Educación Pública con el objeto de centralizar en este organismo las tareas educativas. Es de consideración en este estatuto lo referente a la extensión de la instrucción pública lo mismo que el asunto de la gratuidad de la enseñanza en las escuelas que en esta época se sostenían por el gobierno y las municipalidades.

Estas determinaciones anteriores van a reforzar aún más la implantación del Derecho a la educación consignando constitucionalmente en 1847. Al centralizarse las funciones de la Instrucción Pública del país en los actos del Consejo, el Dr. Castro actuaba bajo el ideal de que una Instrucción Pública bien administrada daba satisfactorios resultados educativos. Sus propósitos liberales, con este tipo de organización educativa podían irse alcanzando hasta hacer llegar su nuevo mensaje de democracia a la mayor cantidad

Memorias del diablo cojuelo y pequeña historia de un gran sabio



GIUSEPPE Prezzolini anda todas las noches por el tejado. Vive en uno de los departamentos más reducidos que un hombre pueda tener en Nueva York, sobre la terraza de un edificio de diez o doce pisos. El ascensor llega a la buhardilla de Prezzolini, y o se toca a la puertecilla de su habitación, que forma ángulo con el ascensor, o se avanza por la terraza, con riesgo de incurrir en suicidio involuntario. Desde el fondo de la calle, si alguien logra ver a Prezzolini moviéndose por la terraza, le verá como un gato. En realidad, es el diablo cojuelo. Tiene el espíritu malicioso y juguetón de aquel travieso encantador que se divertía por la noche en Madrid levantando los techos de las casas, capas de hojaldré, para mostrar la vida que en cada casa se estaba viviendo. A esa hora en que tantas cosas ocurren.

Como todo el mundo lo sabe, Prezzolini ha sido el gran maquiavelo. No sólo ha escrito una de las más delicadas biografías del florentino, sino que por muchos años dictó la cátedra sobre Maquiavelo en Columbia University. Estos ejercicios no se cometen sin riesgo de que el maquiavelismo penetre en el alma y en los huesos. Para Prezzolini han sido un instrumento de explicación de la vida política. Hace maquiavelismo con grande utilidad y provecho dialéctico. Muchas cosas de las de hoy no podrían entenderse sin conocer no sólo los tratados de florentino y su historia de Florencia y sus cartas, sino en lo general la vida italiana del siglo XV, del siglo XVI.

Pero hay que tener en cuenta que lo primero en Maquiavelo era el ser él hombre completo. Sabía tocar música y cantar, gustaba un poco de la farra y de las intimidades alegres de la vida. El libro de Prezzolini comienza con un primer capítulo, sobre "La Risa de Nicolás". Y dice: "Nicolás Maquiavelo nació con los ojos abiertos... Nació con los ojos abiertos como Sócrates, Voltaire, Galileo, Pipini, Kant, Figaro y Co sorri, el lechero que me vendía la leche en la Porta Namentana, cuyo ingenio se le salía por todos los poros; y como el autor del presente libro".

En otras palabras: Prezzolini conoce muy bien, no sólo al Maquiavelo del "Príncipe", sino al de la "Mandrágora", en donde están las recetas que sólo conocieron en España las Celestinas, y al de "Bel-fagor", una comedia sobre el diablo, en que Maquiavelo fué más cordial con los del infierno que

Papini, porque los trató con diablura, con malicia, más preocupado de la gracia que de la teología. Ahora Prezzolini ha publicado en Italia sus memorias los recuerdos de "L'Italiano inutile" en donde lo cuenta todo desde como fué el primero que conoció a Mussolini y lo lanzó a la circulación, hasta alguna escena íntima de hospital que le permite afirmar: "Yo soy el único que le ha conocido a Mussolini las posaderas desnudas". Prezzolini alcanza a recordar a Carducci, como persona de la casa, porque su padre era grande amigo suyo. El padre de Prezzolini fué un hombre que leyó mucho, pero tuvo el pudor de no escribir una línea. Por otra parte, Prezzolini nos dice sencillamente cómo indujo a Pirandello a venir a los Estados Unidos.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, no es difícil explicarse el encanto que ofrece una conversación con Prezzolini. Pero mayor encanto tiene su vida. Además de ser un gato, y un diablo cojuelo, y un maquiavelo, es un ermitaño. Toda su casa se reduce a dos cuartitos. Vive solo. Su mujer y su hijo están en Italia. En su estudio, que es su habitación, no cabrían más de dos visitantes. Más amplia que su estudio es la cocina que es su comedor. Es fama que Prezzolini es el gran cocinero. Nos ha invitado a mi señora y a mí a cenar allí. "Lo de que soy un buen cocinero — nos ha advertido — es leyenda". Yo diría más bien: los que lo nieguen, lo calumnian. Habrá en el mundo quien ase pollos tan bien como Prezzolini: Quien los ase mejor no ha nacido. El sabe el secreto de todas las yerbas, él conoce cómo deben administrarse los hornos. Con unos enormes guantes de asbesto saca el pollo del horno. Todo el oro de otoño dora el cuero desplumado del ave. Un perfume de romero llena el ambiente. Tenemos a la vista un "ca polavoro" del arte.

Sin intenciones de investigarlo, unos días después de haber cenado en casa de Prezzolini le pregunté por la tienda de dónde había comprado la torta. Era un "gâteau Sofia" que nos sorprendió. Me dió la dirección de "Gatti e Rugiero", en la calle octava. Prezzolini vive en la 118. El hace, feliz, un viaje de ciento diez cuadras para comprar una buena torta. Fuí a lo de "Gatti e Rugiero", y descubrí que Prezzolini tenía razón. Se puede hacer con gusto un viaje de horas en Nueva York por darse el gusto de comprar la torta donde saben trabajar la pasta como Dios manda.

Ramón Jiménez. ¿A quién se le ocurrió poner estas cosas en vitrina, muy a lo grande y a lo vivo, y en un museo de Chicago? A José Cuatrecasas.

José Cuatrecasas es uno de esos tipos extraños, ilusos y tercos que sólo suelen hallarse en las zonas puras de la ciencia. Es un español. Le conocí en Colombia. Recuerdo que, allá, en dos ocasiones se me perdió. Hubo consternación entre sus amigos. La primera vez, recogiendo especies botánicas en los abismos del salto de Tequendama, se le olvidaron las horas. Tres días anduvo recogiendo mues tras y cuando volvió a la sabana parecía un niño, encantado con las hojas y flores y raíces que llevaba en el morral. Otra vez se perdió en las Llanos. Y ahora, hace más o menos siete años que anda en el Museo de Chicago, en los laboratorios, siempre haciendo lo mismo: clasificando la flora colombiana. Hace apenas semanas que vi en la "Revue Internationale de Botanique Appliquée et de Agriculture Tropicale" de París un artículo de Cuatrecasas sobre un nuevo género de Bombaceas. Un amigo suyo, Víctor Manuel Patiño, suele enviarle de Colombia plantas no estudiadas. La última que le envió fué una Bombacea que había hallado en el Chocó. Cuatrecasas se entregó a estudiar la con finísimo cuidado. Sobre ella ha publicado el artículo a que me refiero, poniendo el nombre de su amigo ya en todo el arte de Lineo, en buen latín: *Patihoa almirajo*, se llamará de hoy en adelante la planta. Así quedará en los libros.

Pero lo mejor de José Cuatrecasas es la grande aventura de su juventud en el Jardín Botánico de Madrid. Hay que referirla ahora que se ha lanzado el primer volumen de la Expedición Botánica de Mutis, obra que Cuatrecasas inició en 1931.

El entonces era un mozo que había terminado sus estudios en Alemania y trabajaba con don Ignacio Bolívar en el Museo de Ciencias Naturales de España. Hallaron ellos que nadie había tocado los papeles de Mutis desde el año 1823, en que un entusiasta que pagó sus entusiasmos con el destierro, Lagasca, en aquel año quiso publicarlos, y no logró sino que le echasen de la Península. Para los ministros de Fernando VII sería lo de los botánicos como una cápsula diabólica de la época de la Ilustración, que debería quedar entre polvo y telarañas. Y luego, pasaron los gobiernos, las crisis, los tiempos de anarquía y de lucha, lo mismo con la república de Castelar que con los Alfonsos, y ahí estaban los papeles. Hasta que en los días de fe de la nueva república, ya en 1931, don Ignacio Bolívar tomó la iniciativa, y con Cuatrecasas sacaron los papeles, les limpiaron de tierra de olvido, se imprimieron las tres primeras láminas de la Misión, a todo color, a todo tamaño, con todo amor. Cuatrecasas se fué con esas láminas a Colombia para dar la impresión que nos causaron. Ni en Inglaterra los dibujantes de flores habían hecho nada tan maravilloso como los mozos de la Misión Botánica en la Nueva Granada, en el iluminado siglo XVIII.

Cuatrecasas pasó a ser en el Botánico el encargado de la flora

tropical. Durante seis años, en aquella república sin paz, venciendo mil dificultades, luchó Cuatrecasas hasta que se acordó publicar la Flora de la Misión Botánica. El primer tomo sería el de las quininas. La casa Seix y Barral, la mejor de Barcelona, quedó a cargo de la impresión en cromofotografía, que era la perfección de la época. La bella caligrafía de los textos originales se reproduciría en fototipia. Ya era la guerra civil. Pero aquellos ilusos lograron que se importaran las tintas más finas, que se adquirieran los papeles mejores, poniendo en la tarea tanto fervor como si se estuviera organizando la defensa de una ciudad, o equipando a un batallón de artilleros. Eran aquellas cosas de fe desorbitada que costaron tan caras a la república. En plena guerra, en 1938, todo un tren de gentes especializadas trabajaba en la impresión de la obra, y en esto estaban en marzo o abril de 1939 cuando irrumpieron las tropas de ocupación de Barcelona. Los delegados del Tesoro Artístico Nacional se presentaron a los talleres de Seix y Barral y recogieron lo que ya se había hecho. Cuatrecasas logró que todo el material de la Misión quedara protegido como tesoro artístico. La guerra era absurda, dura, brava. Pero al menos que se salvaran — y se salvaron — los dibujos de la Misión.

Era la segunda vez que los dibujos habían corrido grave riesgo. En noviembre de 1936 las tropas sublevadas por el general Franco iniciaron sus actividades tirando bombas incendiarias al Jardín Botánico. Los jardineros lograron contener las llamas. Cuatrecasas, que no ganaba más de lo que se pagaba entonces a un mojado empleado, supo ahí mismo que su misión era salvar esos papeles de las llamas.

Es de elemental justicia recordar a este José Cuatrecasas, enamorado de las flores colombianas, ahora que otra vez se nombra la expedición de Mutis. Mutis había hecho su obra al amor del siglo de la Ilustración; Cuatrecasas la salvó en el fervor de la república fugaz. A través del olvido y de las llamas queda vivo un testimonio de estas empresas generosas.



de costarricenses de la época. Por todos estos afanes que impulsó el Dr. Castro en relación con nuevas formas de gobierno y nuevas formas de cultura, para la colectividad, bien puede incluirse dentro de los constructores verdaderos de una patria cada vez más perfecta. Luchó contra obstáculos en su época muy difíciles de vencer; más sus frutos progresistas si bien no fueron comprendidos por sus compatriotas, en nuestros tiempos, época de aspiraciones hacia la perfección de nuestro sistema gubernativo democrático, sus principios constituyen fuente de ejemplos vivos para los costarricenses.



QUIEN vaya a Chicago y visite el Museo de Historia Natural se encontrará delante de un cuadro maravilloso de la vida en el atiplano de los Andes. Es un rincón de Colombia. Domina la sala y ofrece ese espectáculo mitad terciopelo, mitad verde plata de los frailejones, una de las maravillas hechas por Dios en los páramos. El frailejón tiene la suavidad de las orejas de los burritos de Juan

EL COLLAR DE PERLAS

Por Gonzalo CHACON TREJOS

- I -



ALLA por el año de 1830 vivía en San José, el maestro Juan Loaiza, hombre considerable por la bondad, rectitud de juicio, índole servicial y, sobre todo, porque era dueño de varias casas y cercos y de la única sastrería que había entonces. El maestro Loaiza, al coser ropa y vender telas, se equiparaba a don Juan Mora Fernández que en su mocedad fué aprendiz de sastre, y a don Juanito Mora, que siendo Presidente de la República, vendía él mismo tras el mostrador en su tienda de San José.

En el taller del maestro Loaiza, que estaba en la casa de su propiedad situada frente a la Plaza Real, se juntaban a menudo en animada tertulia gentes de muy distinta clase social. Solían reunirse hacia las tres de la tarde, después de la comida, y al anocheecer cada mochuelo ganaba su olivo, deslizándose por las oscuras y desiertas calles en las cuales, como un fuego fatuo, ambulaba en la quietud de la noche la linterna del sereno cuyos caites resonaban en el silencio: "¡Ave María Purísima! ¡Las siete y sereno!" y la voz se perdía en las sombras silenciosas.

En aquellos patriarcales tiempos, en la tertulia del maestro Loaiza se veían ministros, diputados, ricos agricultores y honrados artesanos, carpinteros, albañiles y zapateros. La Plaza Real—donde está ahora el Parque Central—era un zacatal de setilla lleno de escobillas, donde pastaban bueyes, vacas y caballos, hozaban cerdos con horqueta, y los perros corrían tras las despavoridas gallinas cuyas plumas volaban por el aire luminoso. La iglesia colonial allí al zaba sus chatas torres, y hacia otro lado el caserón que servía de cuartel de armas mostraba frente a la maciza puerta de guayaacán una asta donde nunca se izaba la bandera.

El maestro Loaiza, que era viudo, vivía en compañía de Clotilde, su hija única, y de una vieja chola, antigua sirvienta y excelente cocinera llamada Irene, a la cual quería Clotilde como a una segunda madre.

Clotilde Loaiza era en esa época el más lindo pimpollo de la nueva capital, de aquel San José que por liberal, republicano, igualitario y patriota le acababa de arrancar a Cartago el título de capital. Era Clotilde blanca, esbelta, de cabellos ondulados y ojos negriscos; su boca era una guinda y su voz una música; vestía con sencilla elegancia y noble alifio, siguiendo la moda, sin emperejillarse con ridículos perifollos como hacían no pocas muchachas bonitas de su tiempo. Era encantadora y su padre la adoraba, pues había heredado las gracias y virtudes de su llorada esposa. La linda hija del sastre hacía más o menos la misma vida de cualquiera de las damas principales; metida en su casa, ocupada sobre todo de costura y cocina, a ratos se distraía leyendo en voz baja, deletreando casi, un voluminoso tomo de "Vidas de Santos", encuadernado en cuero rojo, en el cual aprendió a temer las complicadas tentaciones del diablo y a odiar el pecado

que nos lleva al infierno horrendo. Cuando con el chocolate de la cena comía más empanadas de la cuenta, soñaba luego, dormida en su hermosa cama de pabellón, con los horrores del infierno o las torturas del purgatorio, de cuya existencia daban irrecusable testimonio las espeluznantes ilustraciones en madera del venerable libro. Y para purificar el alma, librándola de las tentaciones del diablo, cada domingo, a las cinco de la mañana, estaba oyendo misa en la pobre iglesia de adobes en cuyos rincones llenos de oscuridad revoloteaban los murciélagos, espantados por la luz de los velones de aceite de higuera que parpadeaban débilmente ante el altar cubierto de flores de papel, donde brillaban el ciborium de oro y pesados candelabros de plata. Allí, en medio de un grupo de mujeres arrodilladas sobre los rojos ladrillos de la iglesia sin bancos, sobre la alfombra que llevara la chola Irene, emergía el busto de Clotilde sobre los abundantes vuelos de la falda de zaraza policroma, abultada por media docena de fustanes engomados y crujidores, cubierta con el rebozo guatemalteco multicolor e indígena como los plumajes del quetzal y el rey de ruado, que sobre la cabeza inclinada velaba el rostro angélico cuyos ojos bajos decían una silenciosa plegaria de infinita dulzura.

Después de la misa solía ir seguida de Irene, la chola fiel y maternal, a curiosear por las ventanas de la plaza, que a tan temprana hora hormigueaba de gente, para comprar golosinas: encanelados, prestifios con miel de picúsarro, rosquetes enlustrados, empanadas dulces y saladas y otras cosas excelentes de la repostería de aquella época; luego se volvía a su casa donde pasaba el resto del domingo rezando o dormitando en el cómodo sillón de su aposento, frente a la ancha ventana, a través de cuyas rejillas se veía la plaza, y a poca distancia de la plaza, la selva espesa y negra.

El aposento de Clotilde era una pieza espaciosa de gruesas paredes de adobes, enalada, a la que servía de techo y cielo raso a la vez el caballete de gruesas viguetas de cedro que sostenía el tupidamente encañado de caña brava amarrado con bejuco, sobre el cual estaban las tejas de barro, frescas y saludables. El piso era de baldosas de ladrillo rojo; grandes las dos puertas interiores que se cerraban con trancas de guayaacán; espaciosas las ventanas sin vidrieras, de gruesos batientes de cajón, reja volada de hierro forjado y fuertes hojas que giraban en goznes de puyón de madera que al cerrarse chirriaban decretando la oscuridad. En una esquina del aposento, sobre un banquillo de tres patas, estaba un cofre de madera forrado de cuero con centenares de tachuelas de latón reluciente, y adosado a la pared un pesado armario de cedro, ancho y profundo, las puertas adornadas con innumerables columnitas torneadas, repleto de ropa perfumada con reseda y raíz de violeta; sobre una tarima, hacia el centro del cuarto, la cama lustrosa, ancha y maciza, con talladuras sencillas, altos parrales torneados que sostenían el pabellón de cortinas con cenefas bordadas y recogidas hacia los parrales; junto a la ventana estaba el sillón de madera labrada, pesado y señorial, forrado de vaqueta, curvos el espaldar y el asiento de media luna, con anchos brazos,

amplio, acogedor, episcopal; y hacia un lado el escaño de espaldar adornado con prolijas labores de gubia, que servía de asiento y arcón; en lugar preferente la consola de patas onduladas con un camarín lleno de santos, sobre los cuales abría los misericordiosos brazos un Crucificado lívido, de dulce mirar angustiado bajo la frente coronada de espinas, ante el cual se arrodillaban juntos todas las noches los amos y los criados, para rezar fervorosamente la plegaria al amor divino en la esperanza de la gloria eterna...

- II -

En junio de 1831 el maestro Loaiza, en compañía de su hija y de la chola Irene, dejando su casa y taller al cuidado de uno de sus oficiales, además de otros sirvientes de la casa, tomó el camino de Puntarenas, adonde lo llevaba el deseo de comprar géneros y materiales para su sastrería en un buque cuya llegada estaba anunciada y, además, el de que Clotilde conociese el puerto y el mar.

Una hermosa mañana, ante un grupo de vecinos y curiosos, el maestro Loaiza, Clotilde y la chola Irene tomaron el camino de Alajuela, las mujeres en carreta y el maestro a caballo. Bajaron la cuesta del Torres, cruzaron el viejo puente, subieron la empinada cuesta de la Uruca y se perdieron en el polvoriento camino al lento paso de los bueyes que tiraban de las carretas cuyas bocinas chirriaban en los ejes de madera, subiendo y bajando las sonrientes colinas, rebotando duramente sobre las piedras del camino, en tanto que los arrieros, con la ajada al hombro, lanzaban el sonoro "güipipía" que se perdía en ecos lejanos por la verdura maravillosa iluminada por el sol que, rebrillando en las hojas relucientes, hacía sonreír el paisaje bajo el cielo esplendoroso del veranillo de San Juan. Conocieron Heredia y Alajuela, dos pueblecitos silenciosos cuyas casas parecían acurrucarse en torno de la iglesia; llegaron a La Garita, cuyos fuertes muros de piedra mostraban por las troneras la boca negra de cañones inservibles; bajaron a las profundidades donde está el puente del Río Grande, potente y colonial sobre su majestuoso arco de piedra, escondido en la espesura salvaje sobre el río que bramaba su pujanza entre el grito de los congos, los rugidos de los pumas y la algarabía de las pias; durmieron en las carretas bajo los galerones de cañizo de los sesteos, en tanto que los bueyes descansaban a la sombra de gigantes mangos e higuerones. Allí, al claror de la luna, junto al fogón improvisado donde colgaba la olla del café en un trípode de palos, oyeron consejos y espantables historias de bandidos que asaltaban en el Monte del Aguacate o en las selvas sombrías del Jesús María, en donde, además, "asustaban" la Zegua, el Cadejos y la Llorona. Bajo un sol de fuego pasaron por Atenas el Monte del Aguacate, donde vieron los minerales de oro de fabulosa riqueza, San Mateo y Machuca. Durante varios días subieron a las montañas que se sucedían interminables; bajaron a las hondonadas de los ríos, algunos de ellos sin puentes, por lo cual tuvieron que vadearlos; después descendieron suavemente hacia Esparta, amodorrada bajo el sol candente.

Por fin una noche azul y plata, bajo las radiantes constelaciones, saludaron la grandeza del Océano Pacífico que se deshacía en espumas sobre las playas de Puntarenas, de incomparable belleza.

- III -

El maestro Loaiza, Clotilde y la sirvienta se hospedaron en la casa del Guarda Mayor y Capitán del Puerto, casa que servía, además, de aduana, fonda y sesteo: una casona de madera situada frente al mar, rodeada de cocoteros, en cuyos amplios corredores colgaban hamacas de las cuales salían perezosamente notas de guitarra y volutas de humo de tabaco bajo enormes sombreros de palma.

Allí, al día siguiente de su llegada, el maestro Loaiza se dedicó a hacer compras a un joven comerciante inglés llamado Samuel Gibenson, que negociaba desde San Francisco de California hasta Valparaíso con su bergantín Tíber, el cual estaba anclado cerca del rudimentario muelle de palos cuyas tablas flojas y mal ajustadas se movían como el teclado de una gigantesca marimba. El maestro Loaiza y el joven marino hicieron excelente amistad. Gibenson vendía bueno y barato y el maestro pagaba con relucientes monedas de oro. Pero más que el oro del padre cautivo a Gibenson la belleza de la hija, a la que no tardó en ser presentado; el guapo y arrogante marino, desde el momento en que vio a Clotilde, se prendió de ella, y al estrechar la delicada mano de la niña sintió que se le encendía en amor el corazón; y más aún se inflamó en súbita pasión al ver cómo las negras pestañas de Clotilde, con púdico encanto, se bajaban sobre los más bellos, acariciadores y luminosos ojos que viera en cien viajes. Desde ese momento, Gibenson no pensó más que en agradar a la que ya era dueña de su corazón; no pasaba día sin que le manifestase espléndidamente su amor.

Clotilde no fué insensible a tanto interés y a tan rendidas muestras de apasionado amor; ella también, a solas en su cuarto, con la vieja Irene, confidente silenciosa, reía de alegría y lloraba lágrimas dulcísimas, pues se sentía ya locamente enamorada del joven inglés, al cual la tripulación del "Tíber" hostigaba diariamente con urgencias de partir, inconforme con una estadía tan larga en un puerto tan pobre. Pero Gibenson ponía pretextos para demorar la partida; sentía que, al irse, su vida se quedaba en la tierra de Costa Rica.

Hasta que un día, preocupado seriamente por la amenaza de desertión de los tripulantes del bergantín, Gibenson invitó al maestro Loaiza, a Clotilde y al Guarda Mayor a un almuerzo de despedida. Se puso la mesa en el corredor de la casona del Guarda, adornada con flores; hizo traer su vajilla de plata de abordo y los mejores vinos de sus bodegas. Jamás se había visto en Puntarenas un banquete semejante. Gibenson, enamorado, audaz y decidido, sin tiempo suficiente ni oportunidad bastante para cortejar a Clotilde, por la que derrochaba finezas y delicados agasajos, al fin del almuerzo, en español clarísimo, dijo: Soy un hombre honrado a quien la vida en el mar tiene aburrido; he

ganado mucho dinero en negocios afortunados y mi mayor deseo sería gozar en paz las dichas del hogar en un país hospitalario y tranquilo como la bella Costa Rica. Dentro de dos días saldré para El Callao y aquí dejo mis más puras ilusiones y la soñada dicha de mi vida. Maestro Loaiza, yo estoy locamente enamorado de Clotilde...

Al oír esto el buen padre dió un salto sobre el taburete de vaqueta, y en el colmo del asombro miró alternativamente a Gibenson y a su hija, que, ruborosa, bajaba los lindos ojos mientras su corazón palpitaba con violencia, lleno de dicha y de amor.

Estaba encantadora con sus negros bandós que, sobre las diminutas y sonrosadas orejas con zarcillos de oro, terminaban en gruesas trenzas que formaban el gracioso atado sobre la nuca deliciosa de tenuous rizos y suave blancura; con su cintillo de negro terciopelo y cruz de coral que exornaba la turgente garganta bajo la barbilla con hoyuelo; los brazos desnudos, ceñida la blanca camisa de gola, tan primorosamente aplanchados los sutiles vuelos, que parecía una leve mariposa, dispuesta a volar.

Gibenson, pálido de emoción, continuó de este modo: Si usted y Clotilde lo quieren, dentro de un año regresaré a Costa Rica, me casaré con ella y haré de mi vida lo que ella quiera.

Y sacando del bolsillo un hermoso collar de perlas con broche de diamantes, lo puso sobre la mesa frente a Clotilde, diciendo: Como prenda de mi amor y de mi palabra de caballero dejo este collar de perlas que les ruego no rechazar por ahora, pues espero que mañana me darán la respuesta, después de pensarlo con calma.

Gibenson se levantó, tomó su sombrero y dijo haciendo una gentil reverencia: Hasta mañana, señores; hasta mañana, señorita Clotilde. Si la perdiera a usted preferiría morir! Y salió.

Sobre la mesa, el valioso collar de perlas recordaba la urgencia de dar al marino una respuesta categórica al día siguiente. Lo que padre e hija hablaron luego no lo dice la tradición: tan sólo dice que el Guarda Mayor aseguró entusiasmado que Gibenson era hombre generoso y por todas las trazas rico y de excelente carácter.

El caso fué que el "Tiber" izó velas y levó anclas con rumbo a Panamá, llevándose su dueño la promesa deseada y el corazón rebotante de esperanza y de amor.

- IV -

Pasaron los meses y el nueve de mayo de 1832 fondeó en Puntarenas el bergantín inglés "Tiber", con dieciséis hombres de tripulación y siete piezas de artillería, a cargo de su dueño Samuel Gibenson, quien tomó disposiciones para quedarse en Costa Rica y para que el barco continuase el viaje al mando del segundo de abordó. Gibenson había liquidado todos sus negocios y entre otras cosas traía un cofre de hierro repleto de onzas de oro, soles, peluconas, oro y plata en barras, además de algunas alhajas valiosas.

Mientras tanto, en San José, en el aposento de Clotilde, ésta contaba embelesada a amigas y vecinas de la varonil hermosura de su rubio galán, de sus bellos ojos azules, de su rendida ternura, e-normes riquezas y arrogante figura, en tanto que su blanca mano jugaba con las perlas del collar que rodeaba su cuello y caía sobre su pecho. El plazo tocaba para ella todo era ilu-

siones, ensueños y amorosos suspiros.

Algunos días después entró a la sastrería del maestro Loaiza un señor muy moreno, afeitado, de vivos y penetrantes ojos negros; vestía de negro y sobre el chaleco llevaba una gruesa cadena de oro. Era el Ministro General de Gobierno y uno de los concurrentes a la tertulia. En cuanto el maestro Loaiza lo vió dejó tijeras y agujas, corrió a su encuentro y con gran respeto y cariño le ofreció un asiento. Don Joaquín Bernardo Calvo, que era el personaje que acababa de entrar, tomó asiento inquieto y preocupado, pues estaba al tanto de los secretos de su sastrero y amigo; en voz baja le dijo a éste que debía darle una noticia grave e importante recibida por el Jefe Supremo del Estado; y sacando un pliego del bolsillo de la levita, leyó lo siguiente:

"Comandancia de Puntarenas, 12 de mayo de 1832. Me es harto sensible haber de comunicarle que el once del corriente a las seis de la mañana voló el depósito de pólvora del bergantín inglés "Tiber", que se hallaba fondeado en este puerto. De los dieciséis hombres que traía de tripulación sólo se han salvado los cinco que se hallaban en proa y que arrojó al mar la explosión. Todos los demás han perecido, quedando el buque hecho pedazos y su fondo a pique. efecto producido por el incendio súbito de más de treinta quintales de pólvora fina. El dueño Mr. Samuel Gibenson pereció igualmente".

El maestro Loaiza levantó los ojos y los brazos al cielo; luego tomó nerviosamente de manos del señor Calvo el pliego, y sin meditar lo que hacía se dirigió apresurado al aposento donde Clotilde cosía tranquilamente junto a la ventana:

—Hija mía, Dios Nuestro Señor, cuyos designios son incomprensibles, en su sabiduría infinita ha decidido de tu suerte de otro modo que esperábamos y debemos acatar sin desesperación su voluntad. Ya no serás nunca la esposa de Samuel Gibenson, pobre hija mía.

—Dios mío —exclamó Clotilde— ¿es que ya no volverá?

—Por este despacho de Puntarenas acabo de saber que estalló la pólvora del "Tiber" y en él murió nuestro infortunado amigo...

La pobre niña dió un grito y se desmayó en su sillón.

- V -

Clotilde Loaiza lloró amargamente la desventura de su amor deshecho, y el luto de su corazón duró tanto como su vida. Aquellos patriarcales tiempos producían aquellas almas recias. Clotilde no vivió en adelante sino para su amor imposible; novia de una sombra, renunció al mundo, al matrimonio y al amor...

Pasaron los años. En 1856 vino la guerra contra los filibusteros de Nicaragua y con ella la peste del cólera morbus de que murió el maestro Loaiza.

Después de la muerte de su padre, Clotilde vivió dedicada a la devoción de la Virgen del Carmen y a cuidar pajaritos: en jaulas de caña y verolís tenía yigüirros, mo zotillos, agüios, canarios y caciques, a los que imitaba en sus cantos la lora que mecía su alegría batiendo las alas en un trapecio de bambú.

Cuando algún tiempo después murió centenaria la fiel Irene, Clotilde vendió la casa de La Plaza, y se fué a pasar los últimos años de su vida en la que tenía por el Paso de la Vaca, la casa donde nació, allí donde estuvo el pri-

mer asiento de la ciudad de San José, a la entrada del camino para Heredia, de lo cual dan testimonio las callejuelas tortuosas, como de vieja ciudad española, vestigios evocadores de lo pasado, que quedan al Norte de La Bomba. En su nueva casa, por Navidad, Clotilde ponía un "portal" admirable frente al cual desfilaba todo San José, atraído por las novedades que lo embellecían de año en año; un "portal" primoroso con indios, frailes, pastores, soldados, jirafas, camellos, elefantes, rebaños, bosques, ríos y lagos, altas montañas y valles sonrientes, soles, lunas y estrellas que brillaban en un cielo de tarlatana, todo perfumado con fragancias de cohombres, piñuelas, rosas y claveles, en el fondo, rodeado de pastores en actitud de adoración, bajo un cobertizo de paja, el "Paso" de bulto traído de Guatemala, una maravilla de color y perfección: San José y la Virgen en actitudes beatíficas y, en el centro, el divino pesebre con el Niño desnudo, pobrecito, sin pañales, en tre el buey y la mula, ante el cual se prosternaban los grandes de la tierra, envueltos en mantos de oro, humillando las frentes coronadas, ofreciendo el oro, el incienso y la mirra.

Jícaras rebosantes de chicha de piñuela pasaban de mano en mano, regocijando a todos, especialmente por la dulzura con que la obsequiaba la dueña del "portal", una viejecita muy suave y muy limpia, toda vestida de negro, tan espiritual y tan blanca como el fulgor de las perlas del collar que siempre llevaba.

Hace mucho tiempo murió doña Clotilde Loaiza; el cementerio llamado del Cólera, adonde la llevaron vestida con el hábito del Carmen para enterrarla con sus tristezas y añoranzas, está hoy convertido en una plazoleta llena de malezas, donde juegan los muchachos junto a las tumbas abandonadas, roídas por el sol y la lluvia en que duermen olvidados remotos abuelos que nos pasaron encendida la antorcha de la vida y nos legaron una patria libre y honrada.

Años atrás aún existían las ruinas de la casa de la viejecita del "portal", la de collar de perlas, allá por La Bomba, cerca del Paso de la Vaca: viejas paredes desnudas, negras, tristes, derruidas y musgosas, por entre cuyas grietas desoladas asomaba la esmeralda rutilante de las lagartijas.



Sensacional CONCURSO de POSTALES DE ARTISTAS de CINE a COLORES

USTED puede obtener HOY MISMO la
Foto de su Artista Predilecto AHORA en
BELLISIMOS y BRILLANTES COLORES

RECUERDE

que NO se reciben Cajetillas ni sucias ni rotas
ni tampoco de procedencia MEXICANA

Chicléts "ADAMS"

Positivamente una DELICIA!

Ahora: 2 x \$ 0.25 - 1 x \$ 0.15

Grandes: \$ 0.60.

¡Atención! — ¡Muy Pronto! — ¡Atención!

Nueva Remesa de Postales

ALMACEN PALACIOS

(A. LASPIUR Y CIA. LTDA.)

Teléfono 2599

Pasaje Jiménez

Apartado 1000

El Difícil y Exacto Paul Valéry

Por RAMON SENDER.

En su "Carta sobre Mallarmé" escribía Paul Valéry las siguientes líneas: "Prefiero mil veces escribir una tontería en plena conciencia y lucidez que una obra maestra en trance emocional". Son las palabras de un hombre sectario. De un puritano de la inteligencia. Palabras, en fin, poco inteligentes.

Sin embargo, Paul Valéry era uno de los hombres más inteligentes de nuestro tiempo. Y un francés típico de los que hacen de la razón y del intelecto un culto, una religión. Y todavía una religión sin misterios, lo que a primera vista parece incongruente.

Alguien dijo que la gloria es el sol de los muertos. Paul Valéry conoció más que ningún otro escritor de su tiempo la caricia de ese sol, durante su vida. Un sol tibio, un poco velado, que hacía más claras y diáfanas todas las cosas. El libro de Norman Suckling publicado estos días por Oxford Press sobre la obra de Valéry, si no añade luz, la distribuye de tal modo que reduce y disminuye las sombras.

Tiene Valéry los mismos críticos propicios después de su muerte que tuvo en vida. La única diferencia consiste en que ahora lo tratan como a un pequeño dios y antes sólo como a un gran hombre. Y ensayan situarlo históricamente en el plano de los valores permanentes y en el cielo de las estrellas fijas.

Uno de los últimos libros de Valéry publicados en los Estados Unidos fué "On the World Today" (En el mundo de hoy). Un libro de ensayos críticos. Entre el narcisismo enfermizo, neurálgico, si se puede hablar así, de "Monsieur Teste", y los ejercicios mecánicos de "La Joven Parca", yo prefiero esos ensayos que, con menos preocupaciones de originalidad, nos permiten ver mejor al hombre. Y un libro, ya se sabe, o es un hombre (el autor), o es sólo un paquete.

En relación con el hombre-Valéry, recuerdo una anécdota que cuenta en alguna parte al escritor español Antonio Marichalar. En 1926, el poeta alemán Rilke vivía en Suiza en un castillo abandonado al que llamaban "el torreón de Muzot". La hierba crecía en las escaleras y, a falta de cisnes o de palomas, abundaban las ratas y murciélagos. Paul Valéry fué a ver a Rilke. Le acompañaba Marichalar.

Cuenta Marichalar que Valéry estaba extrañado de la sombría de terminación con que Rilke se obstinaba en seguir viviendo en aquel lugar inhabitable. El invierno se presentaba amenazador sin fuego y casi sin alimentos. Volviendo a París, Valéry repetía: "No comprendo cómo puede vivir así ese pobre Rilke". Parece que no se explicaba el gran poeta francés ciertas formas de heroísmo. Es verdad que esas formas no se explican con la razón y que no son para ser entendidas. Pocos meses después de esa visita, Rilke cayó enfermo y murió. En su agonía se negó a que los médicos le inyectaran calmantes diciendo que quería tener conciencia de su muerte. Su muerte

natural, y no la que los médicos querían prepararle. Otra cosa difícil de entender para la razón.

No obstante, Valéry parecía comprenderlo todo. Le gustaba decir que el mundo es un accidente en la perfección del "no ser". Puesto a comprender ese accidente, la actitud de Rilke no debía chocarle tanto. Pero Valéry no sólo era un intelecto complejo y exacto. Era también un intelecto civilizado, urbanizado, con sus jardines simétricos y sus flores clasificadas.

Paul Valéry decía no creer en nada, pero creía en el éxito social. O quizá se inclinaba ante el éxito sin creer en él, que es lo que hacen los filisteos inteligentes. El hecho de que organizara un homenaje a Rilke en los "Cahiers du Mois" y siguiera obsesionado por el recuerdo de aquella visita demuestra, sin embargo, que Valéry era capaz de sentir la amistad y la admiración y que la vida emocional tenía para él su importancia. Tal vez una importancia decisiva.

Quién sabe si era tan decisiva que tenía que vivir constantemente en guardia contra ella. Toda su obra es eso. Una acumulación de defensas contra la emoción.

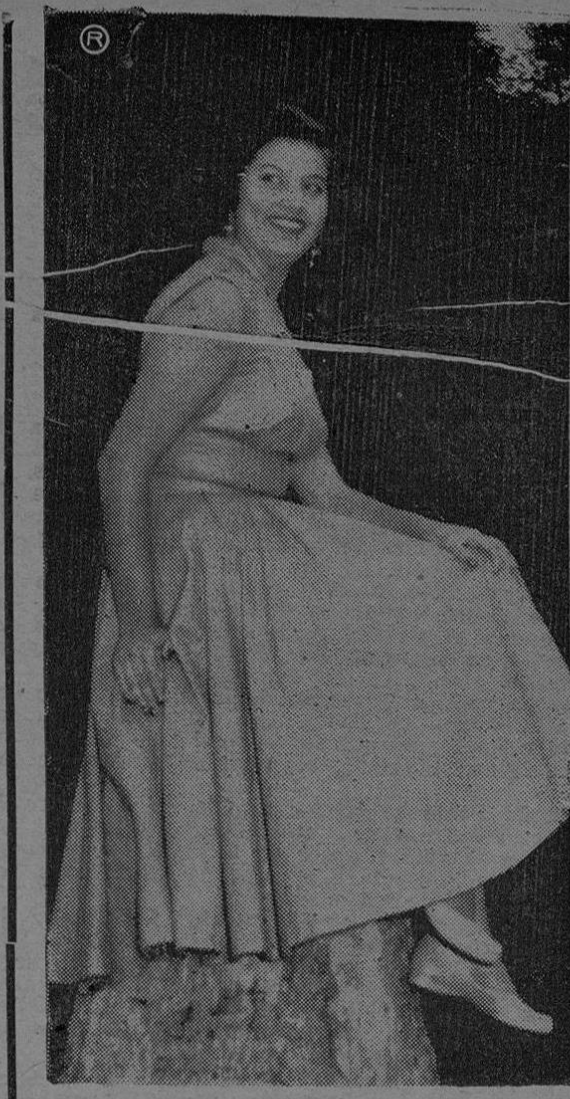
Por otra parte, Valéry anduvo toda su vida buscando una posición cómoda ante la realidad y la sociedad. Una posición que no encontró nunca. Entonces se convenció de no poder estar de acuerdo con nadie y decidió cultivar esa imposibilidad como un motivo de orgullo. Valéry estaba, pues, secretamente orgulloso de la imposibilidad de su conformismo.

La gente no liga entre sí por sus ideas, sino por sus emociones. Valéry, que evitaba la emoción to maba el aspecto de un escritor deshumanizado. Quizá leyendo a Valéry, se le ocurrió a Ortega y Casser su famoso ensayo sobre la deshumanización del arte.

Si Rilke suscita simpatía y amor y admiración, Valéry no despierta más que el último de estos sentimientos, y todavía es un género de admiración parecido al que sentimos asistiendo a la explicación de una ley geométrica o algebraica. Con una diferencia. En las explicaciones de Valéry, muchas de sus brillantes ideas se pueden volver del revés sin que sufra la verdad. La exactitud de la ciencia tiene el valor de la verdad incommovible. La exactitud de Valéry nos da la impresión de ser estéril como un juego.

Lo más interesante de Paul Valéry es el esfuerzo para producir una emoción intelectual pura usando el intelecto como un elemento de disociación. La cosa es brillante por su complejidad, pero ¿para qué nos sirve una complejidad que no encierra una emoción humana ni una verdad general? Para mí lo interesante de Valéry es lo que queda de confesión involuntaria cuando trata de ocultar la contradicción constante de su mente y de su sensibilidad. Valéry es un poeta. Pero la poesía nace de todo menos de la lógica. La poesía no es un producto de la razón pura. Naturalmente, esto lo sabía Valéry mejor que yo. Y, sin embargo era un poeta. Un poeta lírico.

Sabía Valéry que no hay gran poesía lírica sin incongruencia. Novalis dijo que toda incongruencia es en una base, poesía. Paul Valéry, sectario de la razón, tenía un



ASI VISTEN ELLAS

MARIA EUGENIA RODRIGUEZ

La luz por ella es flor de las auroras... Y el anhelar del día se vuelve poema susurrado... Canta su gracia en la figura exacta de la rosa mas bella en primavera...

(FOTO SOLANO)



solo dios: la inteligencia. Mejor dicho, el intelecto. Así como hay escritores de entendimiento (Cervantes) y de inteligencia (Ortega y Casser), lo hay también de intelecto, y Valéry era el mejor ejemplo en nuestros tiempos. La expresión intelectual pura era el único fin de su vida. La poesía de estímulos lógicos de Valéry consigue despertar emociones. Emociones intelectuales. Cultiva Valéry la complejidad deleitante hecha de pequeñas incertidumbres y de pequeñas sorpresas. Las incertidumbres toman el lugar de la verdad, y las sorpresas el lugar del hábito y la costumbre. A veces es admirable.

También los juegos malabares de los chinos son admirables. Después de contemplarlos, aplaudimos y, al salir del teatro, nos extrañamos un poco de nuestra admiración sin dejar de admirarlos. La complejidad de Valéry es también brillante y sorprendente. No tanto como la de otros poetas (Rilke, Rimbaud, Mallarmé, Hugo, Baudelaire), pero ocasionalmente puede ser más delicada. Con todo, hay un hecho que nos ha parecido siempre sospechoso: la poesía de Valéry no nos enriquece. No añade a nuestro repertorio intelectual más que un movimiento estéril de inhibición.

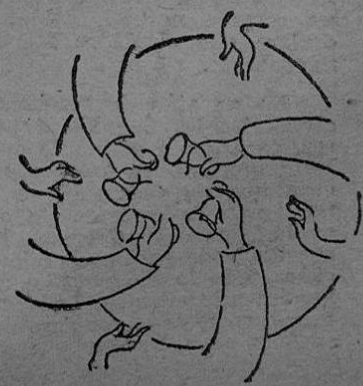
En el arte no se puede mantener una oposición entre el mundo intelectual y el de las emociones. En la obra de genio, como en la vida, las dos cosas van juntas.

Históricamente, quedará Valéry como la cumbre del antirromanticismo. Detrás de esa cumbre será necesario descender y volver al valle de las emociones razonables de los clásicos, o de los delirios de los románticos. Es después de Valéry cuando la tendencia a un nuevo romanticismo se extiende en Inglaterra y en los Estados Unidos. No un romanticismo exterior y formal, sino interior y esencial. Y así

debe ser y así ha sido siempre en la historia de las artes y las letras.

Hay desde el principio de nuestra historia una tendencia hacia el clasicismo o romanticismo. Una generación pierde los estribos con alegría, y la siguiente va tan lejos como el delirio lo permite, para hastiarse y regresar al suelo sólido y a la lógica de las cosas. Las reacciones suelen ser proporcionadas. A un período romántico desenfrenado, como el del siglo pasado (que tiene todavía ecos), tenía que corresponder una tendencia a la exaltación extrema de la lógica y a la deshumanización. El caso de Valéry es la nota más aguda en esa dirección.

El libro de Norman Suckling es más elocuente como exposición de las ideas del autor que como glossador de Valéry. Tanto se ha dicho de Valéry que es casi imposible añadir nada, sobre todo siendo la obra de Valéry poco cuantiosa y de acento monótono. Pero el libro de Suckling nos ayuda a amar la complejidad de la inteligencia de Valéry y la pureza de su expresión poética. Detrás queda siempre, sin embargo, algo insatisfactorio. La soberbia intelectual de Valéry cuando en "Cementerio marino" dice que "hay que tratar de vivir" haciendo un favor condescendiente a la creación entera.



CINCUENTA Y CUATRO

IRIS DE PAZ

Obra analizada: ROSA MISTICA, evocaciones en prosa de Luis Dobles Segreda.—1920.

Distinguido señor Director,

La Iglesia cercana es, para el Artista, como una ánfora de misterio. Es una oración materializada que solicita bendiciones y que, a manos llenas, derrama esperanzas en los espíritus.

ROSA MISTICA de Luis Dobles Segreda es una serie de deliciosas evocaciones que surgen al conjuro de un recuerdo amable, el de la buena vecina de la casa solariega: la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Es una linda vecina amiga. Tiene aspecto aldeano, sencillote. Parece vestida toda ella con los colores grises de la túnica veneranda del Mínimo de Asís. Parece una monja que vive aislada, recordando lejanas historias, hilvanando proyectos de milagros inesperados para un futuro cercano, muy cercano.

Es una de las Carmelitas Descalzas, de las que tuvieron como orientadora a la Virgen de Avila. Por eso no mete ruido; guarda un silencio religioso del que se contagiá todo el vecindario. Es una pobre Iglesia huérfana, olvidada de quienes menos debieran hacerlo.

Tiene historia. El Poeta se ha complacido en ir desenvolviendo los viejos recuerdos que se conservaban, vírgenes casi, en las mentes de los que la vieron surgir de la nada, crecer como por milagro, mantenerse inmaculada a pesar de las injurias del tiempo y de las injusticias de los hombres.

Interesantes todas las figuras que se movieron alrededor de la Iglesia. Entre ellas la del manso de corazón, el simpático Tío Chico, el que recurre a Virgilio, en su ENEIDA inmortal, para convencer a quienes no desean ser convencidos. Al claro ingenio mecánico de ese hombre de limpia conciencia, la Virgen del Carmen le debe el reloj admirable que marca las horas en su Iglesia.

Guiados por el Artista, queremos acercarnos al bello templo de paredes lisas, de columnas fatigadas. No encontramos la gracia pudorosa de las curvas. Todo allí es rectilíneo. El autor nos dice que le parece construida por el genio analítico de Pascal.

No es una Iglesia vestida de novia. Es una doncella que, abstraída, en su traje de monja, mira pasar las horas sin imaginar siquiera lo que, al final, han de traer. Es como una viuda joven envuelta en silencio y en soledad. Hay tristeza en cada uno de los rincones de esta Iglesia sin cúpula. El altar, sumido en la penumbra, conmueve hasta a los menos sensitivos. Los creyentes sinceros adivinan que allí se realizaron, en otros tiempos, y han de realizarse, en el mañana, visiones de maravilla, increíbles milagros. Hay, aquí y allá, el temblor de una luz desmayada, temerosa, que, desde los avaros ventanales, llueve sus reflejos violeta sobre los múltiples detalles de las naves, casi desnudas.

Sabor de prosa picaresca hay en muchos de los capítulos de este valioso manojito de bellezas imponderables. Léanse, si no, los relatos dedicados al pecado mortal, a la rata de sacristía. Escúchense las armonías de las zambas y de las samotanas que despierta, de su letargo prolongado, la original orquesta, reducida a su mínima expresión, del incansable ñor Puya.

¿Y dónde dejamos al célebre ñor Piyayo, el hombrecillo de silueta delgada y seca, el valiente por excelencia que resultó víctima inocente de su legendaria valentía?

También tiene sus matices picarescos, de un género subconsciente, la actuación del artista que quiso — y no pudo — llenar de arte las paredes de esta Iglesia del Carmen, amor de los amores profundos de Dobles Segreda. Sigue siendo huérfano de arte el Templo a pesar de las pinturas, toscas, aldeanas que allí olvidara un pincel de buena voluntad pero ayuno casi de alientos pictóricos.

Una figura llena de vida, saturada de ingenio pronto y de malicia cosquilleante, es la del Padre Ezequiel Martínez, coadjutor del Carmen y fundador de la Cofradía de los Carmelitos en su ciudad natal. Fue un hábil predicador de las bellezas evangélicas. Para él, no tenían secreto alguno los misterios de la conciencia, ni las milagrosas concepciones de la fe. A lo largo de la vida impuso su recia personalidad, tosca y atrevida. Supo dominar, como nadie, los espíritus poco creyentes. Hubo quien lo tildara de loco. La locura suya era la de conducir la propia grey por el sendero escogido. ¡Eso sí, a como hubiera lugar! En él se acordaron, de manera perfecta, un talento natural, claro y un corazón natural, noble. Tiene razón nuestro Autor cuando declara que el Padre Martínez habría sido un nuevo y eficaz Savonarola.

En su afán de reconocer méritos lejanos, casi perdidos, no olvida Dobles Segreda a aquel viejecito encantador, Chico Pérez, para quien el hábito del Carmen constituía el más noble de los uniformes. A todos sus semejantes los suponía buenos. En cada uno de ellos supo depositar la más amplia confianza. Era un limpio de corazón. Su culto más fervoroso, ilimitado, era el de la Iglesia del Carmen. Mezcla de fe y de orgullo, de virtud sencilla y de pasión compleja, este anciano de las luengas barbas canas todo lo dió para aquel Templo, último amor de sus más hondos sentimientos. La vida suya despierta, no sólo simpatía; evoca, en nuestro espíritu, una piedad intensa, íntima hacia aquel anciano cuya demencia tranquila se paseó por las calles de la

TIERRA

Tierra de tierra pura y desatada,
 tierra, barro, por fin alquitarada;
 mujer que fuiste lumbre transferida,
 tierra, mujer de suave amanecida.

Desnuda, libre de sonrojos mira
 como se alzan los trigos y nos tira
 su dardo sonoro la mañana.

Mujer, anfibia tierra de rumores,
 en tu surco guardaste: Flor de Flores!
 un fruto más hermoso que manzana.

Magia de maravilla, Rosa Grana,
 impacientes de claros resplandores,
 los elementos suben los clamores:
 prendida tierra tú por fin, humana.

SALVADOR JIMENEZ C.

ciudad agitando los dedos, sin descanso, como si quisiera hacer y deshacer cuanto en el mundo se hace y se deshace, continuamente.

Es de una ingenuidad encantadora el elogio sincero que el Poeta hace del Rosario, de esa cadena de meditaciones, de alabanzas y de súplicas envueltas en un aroma inefable de esperanza. ¡Cadenita de rosas encantada! ¡lo llama el Artista con enviable intuición!

En la capillita que todos llevamos en lo más íntimo de nuestra conciencia, sueltan, a veces, sus plegarias diversas las campanas de la fe, de la esperanza y de la caridad. Unas, tienen alegría en el corazón. De todo hacen fiesta. No saben, no pueden ponerse tristes. Otras, suenan a gris. Sus voces son de melancolía. Saben de remordimientos, de esperanzas marchitas. Lloran por los que se fueron para nunca más volver. Otras, parecen insensibles a cuanto las rodea. Para ellas, lo mismo es un brote de alegría que un grito de dolor. Lo mismo señalan la hora de la melancolía que el minuto del placer. Su misión única es la de contar y contar, la de medir y medir el tiempo que pasa y el que ha de ir pasando.

El capítulo de las campanas que sueñan juntas y que, al despertar, separan sus anhelos, es uno de los que mayor emoción evocan en nuestra conciencia.

Como es posible comprender, hallamos, en este bello libro de reminiscencias gratas, un aroma de santidad que contagia. El escritor deja que su pluma siga el camino que la propia fe le va trazando. Pasa la única puerta de perfecto arco romano del templo venerado. Atraviesa las tres naves, abovedada, la del centro, planas, las laterales. Llega al altar mayor que se achata para acomodarse mejor. Allí hinca las rodillas y ruega, en fervorosa alegría, por quienes amaron y ayudaron a la Iglesia, novia suya. Dobra la frente ante el humilde comulgatorio, lleno de memorias que son recuerdos de santidad, saturado de poesía que es poesía de eternas aspiraciones.

No puede acercarse al bautisterio. No puede subir los peldaños gastados de la torre. En su humildad franciscana, la Iglesia no logró verse adornada, ni con el uno ni con la otra.

Entonces, endereza sus pasos reverentes hacia la linda y pequeña capilla dedicada al Santo de la Misericordia, a Francisco de Asís. El Poeta bautiza ese rincón de ensueño con el nombre de Isla de Silencio. ¡Profunda capacidad intuitiva: ningún hombre mejor apropiado!

Allí el espíritu se siente sumido en la soledad y en el silencio. Allí está la maravilla de la Umbría Santa, esperando las oraciones que no llegan, aspirando los aromas de las flores que de allí parecen haberse alejado para siempre.

El Poeta subsana esas deficiencias creadas por la ingratitud y por la indiferencia de los hombres. Entra en la capilla, en la Isla de Silencio; lee, con íntima unción, las maravillosas páginas de las FLORECILLAS que son, en realidad, una continua y santa plegaria. Y lee el Artista ante aquellos muros casi desnudos sin que vibre inquieta la llama de una lamparita solitaria, sin que rompa el gris del ambiente la blancura de marfil de un candelero en oración, sin que la capilla se sature, al mismo tiempo que de las melodías encerradas en el libro, del perfume de una rosa encendida... ¡Sólo presencian, descuidadas, el acto de inefable devoción, las arañas tejedoras, las hermanas arañas...!

Este libro es una deliciosa Isla de Silencio. Es una preciosa cadenita de rosas. Es un rosario de evocaciones admirablemente escogidas, artísticamente presentadas.

Habría que decirle a Luis Dobles Segreda lo que tantas veces, con dulzura inigualable, repitió el Santo de Gubbio: "¡Que la Paz viva siempre en tu corazón magnífico, ya que de tanta Paz has sabido saturar los demás corazones...!"

Con la simpatía de todos los momentos, saluda al señor Director de "LA REPUBLICA",

LUZ DEL ALBA.